

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV

San José, Costa Rica **1937** Sábado 7 de Agosto

Num. 5

Año XIX — No. 813

SUMARIO

El Instituto Sanmartiniano	Emma Pérez	Fernando Lles y Berdayes	G. González y Contreras
Para que los niños los canten	André Maurois	Los libros de la semana	
Las cualidades de un líder	José Moreno Villa	Puñetazos de Gary Cooper	Enrique Anderson Imbert
La crisis del Arte con motivo de la Revolución	Salarrué	El Dr. Restrepo y la amistad	
Vivir, otra vez	Emilio Abreu Gómez	Canto a los niños vascos errantes por el mundo	A. Torres-Rioseco
Bufones trágicos	Aníbal Ponce	Italianos y alemanes contra españoles	Francisco Carrera Jústiz
Otra vez al destierro		Las angustias y las zozobras de los cobardes	Juan Antiga
Un año de guerra en España	José Gorostiza	¿Quién vive? ¡La libertad!	Arturo Capdevila
La poesía actual de México			

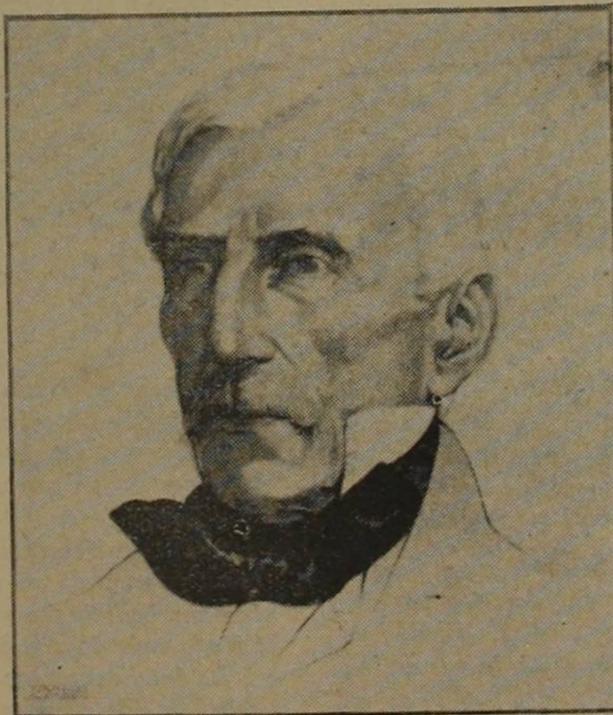
El Instituto Sanmartiniano

= Editorial de *El Tiempo*. Bogotá, Julio 9 de 1937 =

Gracias a la diligencia y al amplio espíritu hispanoamericano del actual ministro de la Argentina en Colombia, señor Candiotti, se ha fundado en Bogotá el Instituto Sanmartiniano, de cuyos trabajos podemos esperar la formación de una corriente de intercambio intelectual con la Argentina, que acerque un poco más las culturas de los dos países, que nos haga conocer recíprocamente, que nos dé a los colombianos acceso más fácil al mundo argentino, y que lleve a la Argentina algo de lo que tiene un valor auténtico en Colombia.

Se dolía no hace muchos meses un escritor hispanoamericano de la insularidad colombiana. La indolencia con que se han manejado entre nosotros las relaciones internacionales, la falta de curiosidad y la falta de propaganda, han hecho que Colombia se encoja y se recoja dentro de su concha, viva para ella sola, y se convierta en la isla desconocida de América. Contra esto, que no es, en último término, sino una disminución nacional, es preciso reaccionar. El país debe volver a ser internacional, como lo fue en otros días. De conocer a los vecinos y de darse a conocer, se gana en amistades más racionales y en hallazgos que luego vienen a constituir un capital nuevo por adquisición. La amistad internacional no es una amistad platónica, no se hace íntima a fuerza de ejercicios espirituales practicados en la soledad y en la contemplación desinteresada: esa amistad se forma por el conocimiento. Del estudio de las instituciones argentinas, de sus industrias, de sus grandes realizaciones universitarias, se van desprendiendo, para quien lo emprende, lo que llaman ahora los pedagogos "centros de interés", que fácilmente van mostrando cómo no es tan extraña, tan inasible para nosotros la vida de ese gran país, cuya influencia sobre los destinos de América será cada vez más notoria y decisiva.

Es curioso observar cómo, pasada la guerra de emancipación, los países de América que estuvieron entonces en permanente y fecundo contacto, que tuvieron una conciencia continental, perdieron estos vínculos y se encerraron a vivir una vida feudal, una vida de archipiélago. En 1810 había una desvelada curiosidad por saber cómo se movían las naciones hermanas en su guerra contra España. La lectura, por ejemplo, del Diario que redac-



San Martín
Dibujo de Eduardo Alvarez

taban en Santa Fé, Caldas y Camacho, muestra al descubierto los canales por donde corría la amistad desde Buenos Aires hasta México. La guerra nunca se entendió como un fenómeno particular de los Estados, sino como una causa de América. El hecho de que unos mismos soldados y unos mismos generales combatieran en Venezuela, en la Nueva Granada, en Panamá, en Ecuador, en Perú y en el Alto Perú, tiene una significación más vasta de la que le concede la interpretación vulgar de estos sucesos. Ese hecho prueba que entonces había, más que una ayuda de hermanos, una idea de la misión de América en el mundo. Las cosas no se pensaban a través de una ambición local, sino de los destinos e intereses comunes del Continente.

La entrevista de Bolívar y de San Martín no fue un caso desprovisto de antecedentes, no fue una genialidad extravagante de los dos grandes libertadores. Al hojear los archivos de estas repúblicas bolivarianas, se encuentra una permanente curiosidad de hombres de entonces por saber la crónica del Río de la Plata. Los correos se movían sin tregua para dar cuenta de cuanto hacían don Mariano More-

no, o Belgrano, o Alvear. En San Martín se vió siempre la representación del empuje revolucionario que correspondía en el sur a la acción bolivariana. Y si esto ocurría por acá, no menos viva era la atención que en Buenos Aires despertaban las campañas bolivarianas. El general Alvear, como embajador del gobierno argentino ante el Libertador, le felicitaba alguna vez en estos términos: "Numerosos laureles y palmas inmortales de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante vos, señor, padre de cinco naciones, que venís desde las bocas del Orinoco de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo".

Donde se ve más vigorosa la corriente subterránea de inteligencias que por aquel entonces hubo entre la Argentina y las naciones bolivarianas, es en la correspondencia cruzada entre Bolívar y el Dean Funes. El dean Gregorio Funes, precursor y actor en las luchas de la independencia, en su condición de hombre de letras; reformador de los estatutos universitarios, cabeza del congreso que dictó en 1819 la constitución de las provincias unidas del Río de la Plata, fue uno de los más apasionados miembros del partido bolivariano en Buenos Aires. Sus cartas al Libertador, son un modelo por el afán que pone en defender las conquistas de la libertad, en acuerdo con el gran general de estas repúblicas.

Si en las horas de la independencia fue útil para las dos naciones la unidad con que llevaron a feliz término sus empresas libertadoras, hoy no ha de ser menos el provecho que se saque de reavivar una perdida inteligencia. El solo conocimiento de lo que fueron aquellas horas de íntima convivencia en un solo ideal americano, bastaría para darle un sentido más amplio a la historia patria. Con el fenómeno de la insularidad se ha perdido el rastro de las mejores empresas centenarias. Al encontrarlo hoy, casi borrado en el silencio de los archivos, se siente la emoción de un gran descubrimiento. El Instituto Sanmartiniano, al proponerse darle vida a estas cosas, va a proporcionarnos horas muy gratas. Cada cátedra de cultura hispanoamericana como esa, le hace más anchos los horizontes al hombre de estas tierras.

Para que los niños los canten

= Colaboración. Habana, julio de 1937 =

¿CUANDO? CUANDO...

—¿Cuándo, tierra, te darán a los guajiros de Cuba?
—Cuando suden de marchar los hombres que ahora me sudan.
—¿Cuándo, caña, no serás para el negro una tortura?
—Cuando tumben rebelión los hombres que ahora me tumban.
—¿Cuándo, trabajo, vendrás como las canciones puras?
—Cuando endurezcan su voz los hombres de manos duras.
—¿Cuándo, sol alumbrarás la isleta que ahora no alumbra?
—Cuando, tocando mi luz, la isleta su puño suba.

ANTILLAS

Altavoces de palmares a la mañana saludan. Parece el Caribe un indio alegre de verdes plumas.

Pero si te fijas más los palmares no saludan: se avisan ¡y el indio está forjando flechas de espuma!

Cuba de arco servirá: las flechas, rectas y duras, se clavarán en el Yes.

Jamaica, toda desnuda —tostada, negra de sol— como quien perros azuza, a los machos gritará que rompan sus ligaduras: —¡"Puerto Rico, a abandonar, valiente, tu celda oscura! Haití, a cadenas limar! Santo Domingo, a...."

La luna —india feliz—danzará sobre palmares en furia.

VERANO

Cielos de planchas de zinc aplastan los cocoteros. ¡Veinte grados hacia el Sur las selvas están ardiendo!

De serpientes abrasadas

suben llamas amarillas, ¿en qué mástil se izará como una bandera la isla?

El césped no existe ya ni en los parques del recuerdo, pero los puños del sol siguen golpeando los techos.

"Mangos, mangos, mangos (vaaaaan)"

—Si pasan los pregoneros, se oye, además, el calor.

¿Tendrá el mundo bordes frescos?

Los ricos salen al mar: ¡son amos de los caminos que abren pulmones al mar y son amos del mar mismo!

Los pobres no pueden más ¡se les incendian los hijos! En pechos de madre pobres maman la muerte los niños.

Tantos, tantos morirán, que el aire se pondrá frío. ¡Por la noche al regresar no se quemarán los ricos!

LO MISMO DA AQUI QUE ALLA

Jamaica te manda, hermano, al cañaveral de Cuba ¡y aquí también habla inglés el amo de botas duras!

Lo mismo da aquí que allá: allá y aquí te estrangulan. Asegura que estás bien si el Mayoral te pregunta.

Afirma que estás muy bien —por la guardarraya va una pareja de guardias. ¡Bien! ¡Y que te gusta la rumba!

Pero tú no puedes más. ¿Y a quién le toca el azúcar?

Hermano, tú hablas inglés, ¿por qué no se lo preguntas —a quién le toca y por qué— al amo de botas duras?

¡Ya se lo preguntarán miles de voces en una! ¡Afila tu mocha bien que te va a hacer falta en Cuba!

E M M A P E R E Z

Las cualidades de un líder

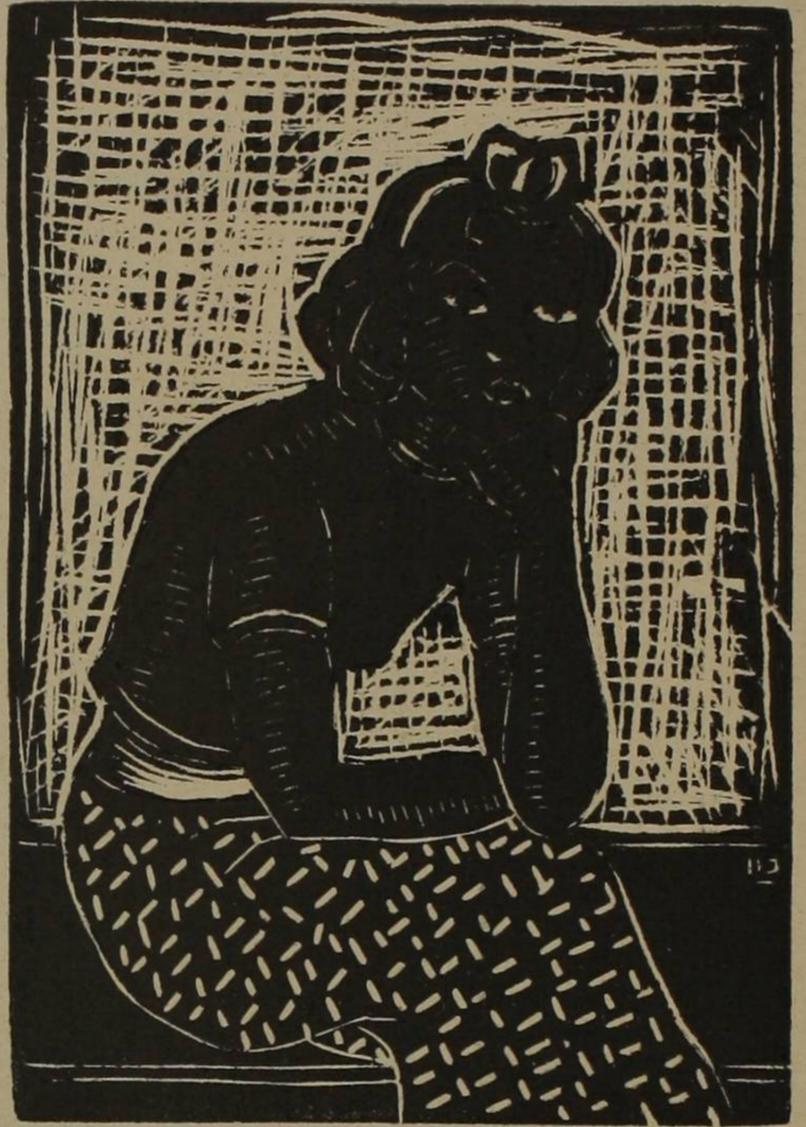
= De El Nacional. México, D. F., julio 11 de 1937 =

En estos días en que las naciones anhelan ser bien guiadas, como ocurre cada vez que las acecha un peligro, óyese preguntar por doquier, al hablar de los hombres nuevos que los trastornos políticos y sociales llevan a la superficie: ¿Es este hombre un líder?

Pero ¿qué es un líder? ¿Y cuáles deben ser las cualidades de un líder?

Digámoslo enseguida: son claras y bien definidas; ningún hombre podría escalar altas posiciones y mantenerse en ellas, ni siquiera por breve plazo, si no las poseyera. Cada vez que el destino nos revela a uno de esos hombres que por su propio esfuerzo se han convertido en un líder del ejército, la política o la finanza, encontramos en él ciertas cualidades sin las cuales jamás habría llegado a ser grande.

De ellas la primera es la fuerza de voluntad: un líder debe saber adoptar una decisión, aceptar una responsabilidad. Naturalmente



A punto de inventar la pólvora

Linóleo de Laporte

es también necesario que esté sólidamente afirmado en los principios de su profesión. Una decisión no basada en un conocimiento técnico o fundamental sería mero desatino. Pero los principios serían inútiles para aquel que careciese de un recto poder de voluntad. La guerra ha significado la ruina de numerosos generales inteligentes, que conocían admirablemente la historia militar y pasaban por ser grandes estrategas, pero no eran hombres de valentía moral. Joffre, un hombre sin brillantez, sabía cómo se dan órdenes. Es lo que nos salvó. "Nada más difícil que adoptar una determinación".

La inteligencia de un jefe es indispensable. Debe tener una noción cabal de los grandes problemas y aplicarse incesantemente a su estudio. Pero es de todo punto necesario que su comprensión de ellos sea simple. La acción es en sí misma tan difícil que cualquier plan, cualquier proyecto demasiado complejo o demasiado sutil está condenado al fracaso. El líder no debe perderse en un laberinto de detalles. "Yo soy un técnico de las ideas generales" solía decir Lyautey. Tenía sus ayudantes y dejaba los detalles a su cargo. Porque el método que el gran jefe adopta consiste en rodearse de hombres en quienes pueda depositar su entera confianza, eligiéndolos de modo que cada uno de ellos sea señor en su propio dominio y conferenciando con ellos de tanto en tanto y en forma imprevista.

El jefe debe inspirar a sus ayudantes un respeto exento de toda sombra de reserva. Si falta esa cualidad, éstos dudan y conspiran. Sólo existe un medio de obtener ese respeto: mostrarse digno de él. Un verdadero líder es una gran personalidad; la mezquindad está ausente de su espíritu; si ha de castigar, lo hace sin rencor. Es sencillo. (Napoleón fue más grande por virtud de su capote gris que por el manto imperial). No es obstinado; es realista; acepta las lecciones de la experiencia, las enseñanzas derivadas de los hechos. En síntesis, aun cuando las exigencias de la actuación le impongan la violencia, continúa siendo dueño de sí mismo.

A esas cualidades, agregad el valor físico, única virtud que permite no alentar hipocresía alguna. Y finalmente, la devoción espiritual a la faena común. No puede escribirse un gran libro, dirigir una gran fábrica, ejercer el mando de un gran ejército, si uno no se entrega a ello íntegramente, sin reservas. El hombre que desea mandar debe olvidarse de sí mismo. El hombre joven lleno de ambiciones se imagina que el convertirse en líder le traerá la felicidad. Si es verdad que "el gozo del alma reside en la acción", está en lo cierto. Pero es una felicidad austera, amarga, solitaria.

ANDRE MAUROIS

Del mundo creativo a la dura realidad

La crisis del Arte con motivo de la Revolución

Por JOSE MORENO VILLA

= De *El Nacional*, México, D. F., 18, julio, 1937 =

En correspondencia, a la cortesía mexicana, redacto las presentes líneas. Me complace decirlos por qué vine a exponer mis dibujos en México, es decir, en un foco tan importante de pintores y dibujantes.

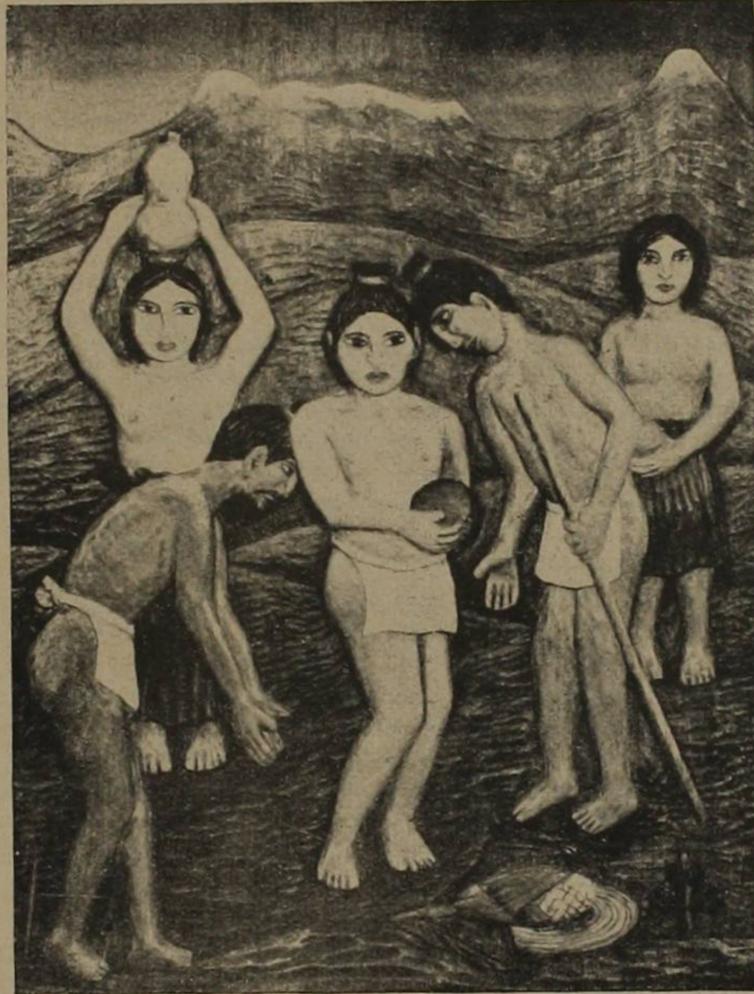
¿Es una osadía? ¿Es un reto? ¿Es una lección? Nada de esto. Yo no soy por naturaleza ni un osado, ni un retador, ni un pedante. He vivido siempre para adentro más que para afuera, es decir, para mi obra buena o mala; aunque—claro está—partiendo de que la obra iba dirigida a alguien, al grupo más o menos grande que saborea ciertas cosas.

Al sobrevenir la catástrofe y la revolución y la guerra civil en España me encontraba yo, como cualquier otro artista o literato, sumido en el mundo mío peculiar. Mi pintura no era realista, sino imaginativa, de pura construcción recreativa. Si os digo los títulos o asuntos de algunos cuadros comprenderéis esto. Uno se titulaba: *Obstáculos*. Sobre una extensión grande de terreno, una larga vía de tren; hacia la mitad de su curso, un arco de poca altura por el cual habría de pasar un caballote gigantesco que tiraba de un carrito pequeño cuyas ruedas no se acomodaban a la anchura de los rieles, y, por consiguiente, iba dando tumbos sobre las traviesas. En dirección normal a este convoy extraño, o sea, de través, iba otro carro, pero éste muy cargado, y tirado por un caballito pequeño. Cualquiera podía ver que las dos bestias tenían enfrente dificultades serias que vencer. Esto era el asunto.

Veamos otro. Este se llama *El Caballo encerrado*. Y no era más que un caballo encabritado que manoteaba contra las paredes de un cuarto alfombrado donde había una butaca, una consola y una puertecilla al fondo por donde miraba, entre cortinas, una muchachita. Esto era todo.

Veamos otro. Este se titula: *La niña y el toro*. Y eran dos cabezas; la de una jovencita rubia norteamericana y la de un becerrito español, puestas sobre un campo estepario, amplísimo, cruzado por una línea de ferrocarril. El suelo era oscuro y el cielo de un finísimo atardecer. Este cuadro está hoy, por cierto, en Boston, en una colección particular.

Como veis, me movía yo en un mundo plástico y poético aparte y diferente del mundo aquel donde se fraguaban los acontecimientos que luego estallaron. Estaba yo, si queréis, en las nubes, como dice la gente para abreviar; para reírse un poco también de los que



Agricultores precortesianos

Talla en caobo blanco y policromada.

Por el escultor nicaragüense Roberto de la Selva.

nos olvidamos de las cosas materiales, tan precisas al hombre.

Esto me ocurría en el campo de la pintura. Pero como yo actué en otros dos campos por lo menos, en el de la poesía y en el de la investigación, voy a completaros la verdad.

En el de la poesía podéis daros cuenta leyendo ese librito que titulé: *Salón sin muros*, publicado en el mes de abril de 1936. Nada unido a la realidad circundante. Todo ello particular, de alma introvertida como dicen hoy los psicólogos:

¿DONDE?

¿Acaso allí donde el mar y la tierra?
 ¿Tal vez donde los pájaros y los pinares?
 ¿En el picacho donde el cielo y la roca?
 ¿O donde la raíz y la fuente?
 ¿Allí donde las sombras estelares
 dibujan pasos de sonámbulo?
 ¿O donde se embarcan las notas
 musicales para el viaje sin retorno?
 ¿Acaso aquí mismo,
 donde te tengo,
 donde te como los ojos con dientes de corazón,
 para saber a qué sabe el tuyo?
 ¿Aquí, sin escenario, sin rito?
 ¡Sí! Aquí, celda despreñada de la urbe,
 cabina, casa de caracol,
 seno mágico,
 volumen justo para dos combatientes.

Veamos ahora lo que hacía en el campo de la investigación, como jefe de un archivo importante.

Andaba, nada menos, que a la caza de todos los bufones, enanos, niños y negros que habían vivido o figurado en la corte de los reyes de España.

¿No era esto también un trabajo de cierta poesía? Lo era. Y, además, relacionado con la pintura, puesto que mi principal objetivo era el de encontrar datos sobre los bufones que pintó Velásquez.

Pues bien, de todo ese mundo poético tripartito fui sacado bruscamente por la revolución y la guerra civil. La vida corriente quedó cortada y su lugar fue ocupado por una vida de azoramiento, de inquietud y de fe ciega. Ya sabéis por experiencia o por lecturas lo que son las revoluciones. La muerte avanza, invade la ciudad y los campos. Unos van en su busca, otros se esconden o escapan de ella, otros la echan sobre el vecino por causas grandes o mezquinas. Se levantan almas generosas, fieles, dispuestas al sacrificio y surgen almas desalmadas que no hubiéramos querido ver jamás. Pero la nota común y constante de tales períodos es la de la muerte.

Después de unos días de desconcierto y de confusión en que fui llenándome de percepciones u observaciones directas, de palabras y de hechos, irrumpí, otra vez en la poesía con unos romances que yo no hubiera soñado hacer nunca, jamás.

La realidad circundante, dramática, dura, sin horizontes había penetrado en mí desalojando aquellas otras realidades de que vivía.

En pocas horas compuse media docena de poemas semejantes. Los sentimientos y percepciones que había ido almacenando buscaron su salida en avalancha.

¿Qué se me reveló de golpe? El solar patrio, el pedazo de tierra, la casa en que vivía. Eso que parece nada y que es todo para las almas sencillas. Eso que ha hecho heroico al pueblo de Madrid. Porque, en el fondo, su heroísmo no es otra cosa que oposición tenaz al abandono de la cuarta de terreno en que se ha vivido y sufrido, en que nuestra existencia está plenamente justificada.

Recuerdo a este propósito las conversaciones que teníamos Angel Llorca y yo por aquellos días. Especialmente la de una noche que estuvo a punto de ser tomada Madrid.

Estábamos en un cuarto casi a oscuras porque toda luz era pro-

hibida a causa de los bombardeos. Teníamos la bombilla eléctrica atrapada y apenas podíamos vernos las caras. De pronto sonaron tan próximos las tableteos de las ametralladoras, que nos pusimos de pie y nos preguntamos perplejos: "¿Qué hacemos ahora? ¿Dejamos la casa? ¿Nos vamos a campo traviesa?" Con la esperanza y la fe que nunca me habían abandonado salí en busca de un sitio mejor de donde oír. Quería saber si corrían los tranvías. Y, en efecto, sonaban por La Castellana. Volví reconfortado y le dije a Llorca: "No han entrado". Llorca respondió: "Creo que en ningún caso debemos salir de nuestra casa para guarecernos en otra. Si entran y nos encuentran aquí, como es nuestro sitio de siempre, no les extrañará, pero si estamos en otro, no podremos justificarlo".

Resultaba, pues, que si por un lado el cuarto en que se vive y donde tiene uno todas sus cosas es lo más propio y amado, por otro, somos presos de él, puesto que en ninguna parte estaría tan justificada nuestra vida. Y al notar esto, que es tan simple, comprendimos cómo es el sentimiento de "patria" en la gente sencilla. Patria es territorio, solar, casa, gen-

tes, costumbres, tipos, lenguaje, cosas que siendo nuestras son a la vez nuestras cadenas o prisiones amadas. Cosas que, cuando son amenazadas, hacen brotar el heroísmo.

Comprendí entonces también que el sentimiento de patria en los hombres de mayor cultura se diferencia bastante del anterior. Si para el hombre simple la patria es algo que hay que conservar, para el hombre en plenitud de desarrollo y de producción espiritual, la patria es algo que se "hace o agranda". Hay que "hacerla", hay que estarla haciendo constantemente. Frente a pasividad, actividad. Y ambas actitudes arrojan beneficios. La tenacidad del que defiende lo suyo es tan importante como la acometividad del que enriquece los medios de defensa inventando, atendiendo, organizando, sin pensar en su cama de ayer, ni en sus muebles, libros, ropas ni nada propio. Por esto se entienen a maravilla en tales momentos los intelectuales y el pueblo.

Pero, sigamos con los poemas. En el que titulé: *Descanso de un Miliciano*, se alude al amor y a la muerte, sus dos preocupaciones únicas. En el que título *Frente*, se afirma que en los trances de hoy la vida es lucha y nada más.

Finalmente, en el titulado *Madrid y sus enemigos*, dí la nota sentimental o dolorida, el ¡ay! romántico lleno de recuerdos y evocaciones.

Madrid y sus enemigos

Yo los ví sobre la loma de Carabanchel un día; luego, en la Casa de Campo, entre arboledas tranquilas, Estaban lejos, y eran como pequeñas hormigas. ¡Quién pensara que de aquellas notas de la lejanía vinieran quilos de hierro sobre la rosada villa!
Los ví desde una ventana que al Campo del Moro enfila y todo el Prado y la Sierra que a Velásquez complacía. (Ya está, certada; no hay paz propicia para la vista. No hay más que truenos, cañones, tambores y algarabía.)
Todos aquellos que ví en Carabanchel un día vienen a quitarnos esto que es tanto como la vida: el libro, el lecho, el hogar, hasta el aire que transita por los barrios de Madrid, aire de la cumbre limpia. Yo sé que en el mundo hay pueblos de gran maravilla, barrios enteros de magia y rincones de poesía; pero en el trance de hoy me parecen las Vistillas, la Moncloa, Chamberí, Castellana o Buenavista, las cumbres de lo mejor. Son pedazos de mi vida sembrados de sentimientos y vivencias infinitas. Son yo mismo y son también tú y vosotros y las vidas buenas o malas que el tiempo arrebató a su codicia. Somos nosotros y son Velásquez, Goya, Cetina, Lope, Calderón, el Greco, Cervantes, Chueca y Zortilla. Somos todas esas casas que el bombardeo aniquila. Los balcones desprendidos o los techos que se abisman no son balcones o techos de mi ciudad fantasía, sino pedazos de todos nosotros, de esta familia hispana, sensual y anárquica, un poco mal avenida pero siempre generosa como la fuente más viva. Que me desmientan si no los cóndores de las Indias, las tutas del Océano. Y Europa que nos olvida o se acuerda de nosotros para hundirnos en ruinas.

Sería inútil que me preguntasen ustedes mi parecer sobre el valor de estos poemas o, mejor dicho, mi opinión. Son poemas ocasionales y los motivos originarios están tan cerca todavía que

por sí solos son capaces de provocar emoción. Si esos poemas siguen produciendo emoción pasados diez años, por ejemplo, cabría decir que son poemas con valor propio. Si nó, quedarán como lastre inútil en la bodega de los trastos para quemar.

Pero, de todos modos, y esto es lo interesante, acusan hoy un viraje de mi actuación poética hacia otro campo. Y digo interesante no por tratarse de mi producción, sino porque el fenómeno ocurrido a mí les ocurrió a muchos otros poetas y artistas españoles.

En esto quiero hacer hincapié: si me refiero a mí en esta conferencia es porque puedo hablar de mí con más conocimiento que de otros, pero sólo a título de caso significativo. La guerra y la revolución nos ha afectado a todos y la obra de cada uno acusará de un modo o de otro el tremendo sacudimiento experimentado por la sensibilidad o por la inteligencia. Ni Machado, ni Alberti, ni Bergamín, ni el mismo Juan Ramón Jiménez escriben hoy como hace año y medio.

Por todos ha pasado la tormenta y algunos hemos sido desencajados de nuestro mundo puramente creativo y situados en un mundo de preocupaciones materiales, de dolores generales, de durezas fatales que forzosamente dejarán huella en la obra.

Aquí, sin embargo, quiero extenderme sobre un punto importante. Hemos oído decir muchas veces que los intelectuales y poetas nos habíamos mantenido siempre apartados del pueblo y en cierto modo con desdén hacia él.

Yo creo, amigos míos, que en este reproche hay algo de verdad y algo de error. La masa obrera que veía al científico allá en su laboratorio como encerrado siempre en lo suyo o al poeta y al escritor en su cuarto de trabajo como dedicado exclusivamente al perfeccionamiento de su alma y de los instrumentos de su espíritu, tenía razón para sospechar que no quería nada con ella. Pero eso es debido a que no calaba hondo con su pensamiento. Era debido a que no alcanzaba el por qué del aislamiento, ni el por qué de la obra. No podía sospechar que toda obra perfecta redundaba en beneficio del pueblo. Y que si el hombre parece egoísta porque dedica toda su vida a su obra, no lo es en realidad puesto que se aísla para la perfección y a la postre viene la obra a repercutir en el pueblo.

Esos hombres al parecer egoístas esos que se llaman Unamuno, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Valle Inclán, Baroja, Bergamín, Juan Ramón, etc., se han pasado, en efecto, la vida cultivándose en el apartamiento mayor, y hasta con cierto desdén para todo lo vulgar que nos rodea; pero ellos son la España de este siglo, ellos han he-

Vivir, otra vez

= De Patria. San Salvador, 19. julio, 1937 =

Hoy, como ayer, llamo a tu puerta para recordarte que debes vivir.

En mi mano está el reloj quemando sus segundos. Vengo a mirarte a los ojos sonriendo y a preguntarte: «¿Estás viviendo?»

Ante todo hay que vivir. Vivir es gozar, sufrir y comprender.

Vivir es pecar. Pecar es desobedecer las leyes del convencionalismo social.

Cuando tú haces las cosas deliberadamente, con tu propio impulso, después de calcular todas las posibilidades de éxito y de fallo, sin tomar en cuenta las opiniones preestablecidas por la moral y por la ley, entonces estás viviendo.

Cuida de no obedecer sino a tu propia conciencia si quieres estar vivo. Impónete a tus propias leyes y obedece a ellas. Ponte a la cabeza de ti mismo, sé tu general, tu papa, tu rey. Si estás en error, la vida misma se encargará de mostrártelo. Porque nadie sino la vida puede convencerte.

Porque, cata, que si eres avaro te gritarán los moralistas: «¡Egoísta!», y si eres largo para dar: «¡Derrochador!», si usas de sinceridad te llamarán cínico; y si callas y ocultas te llamarán hipócrita.

Los otros con sus normas construyen la jaula a tu redor. Y estas jaulas se levantan tanto para las fieras como para los pájaros.

Mira que has nacido para hacer. Fíjate que hacer es dar forma a tus anhelos y no guardarlos temerosamente en el fondo de tu desesperación. Te dijeron: «¡Anda y mata!» y tú te guardas la orden y corres el riesgo de regresar sin cumplirla. Te dijeron: «¡Anda y perdona!» y, estás ahí escuchando las razones necias de los que te inducen a lo contrario.

Atiende a mi llamado, yo vengo a acordarte que debes hacer. No qué, no cuándo, no dónde, sino que debes hacer.

Yo quiero ponerte hoy como ayer ante ti mismo y decirte: «Mírate; este eres tú».

Tu cuero está cubierto de sanguijuelas que chupan ávidas tu vida. Arráncalas que aún es tiempo. Estas sanguijuelas son las palabras inútiles de los hombres a quienes obedeces por admiración o por temor.

No te digo: "Sé bueno"; no te digo: "Sé malo", te digo "Sé tú mismo", porque sólo tú sabes a qué debes temer y en qué debes confiar.

Vivir es gozar y sufrir, pero, sobre todo, comprender,

SALARRUE

cho patria en el sentido de que han acrecentado el interés del mundo por España y han dejado a su pueblo un caudal de ideas, emociones, contradicciones y obras perfectas.

¿Es esto estar contra el pueblo?

Me doy perfecta cuenta, sin embargo, de una posible objeción. Alguien puede hacer estas dos preguntas: ¿qué entiende usted por "pueblo"?

A estas dos preguntas contesto con toda sinceridad: la revolución ha restringido el concepto de "pueblo", reduciéndolo según su conveniencia. Es muy posible que nadie sepa fijar los límites de eso que llamamos "pueblo". ¿Dónde empieza y dónde acaba? ¿Es que yo por haber nacido en un ambiente de cierto bienestar burgués no soy pueblo, no tengo mucho de pueblo?

Yo sé que para un ferviente revolucionario, desde la burguesía para arriba todo está contaminado de normas crueles, perversidades y extravíos. Yo creo, en efecto, que la sociedad burguesa y aristocrática está bastante podrida. Testimonio del mayor crédito son las novelas inglesas de nuestro tiempo, las de Joyce o las de Huxley. Pero, vuelvo a repetir: ¿Dónde empieza y dónde acaba lo que llamamos "pueblo"? Mirad que mientras más exigentes seamos nos quedaremos con menos gente. Y que en último extremo, llegaremos a contar con un puñado, no más, de seres simples, bravíos, analfabetos y, en suma, recién brotados de la tierra.

No. Eso sólo no es el pueblo. Creo que para todo hombre de sentido común pueblo es un concepto elástico y bastante vago. Por esto lo mejor será eludirlo y ver si lo podemos substituir por el de proletario.

Aquí está la cosa. Si pueblo equivale a proletariado ya no hay confusiones. Y en este caso yo respondería a la segunda pregunta diciendo: todos aquellos escritores trabajan por su pueblo y para su pueblo, es decir, por el engrandecimiento y perfección de la totalidad hispana, y desean como es humano, la mejora económica del proletariado aunque no se sumen a la lucha económica las normas que dicten tales o cuales partidos o sistemas. Ellos no son políticos, pero sí partes importantísimas del organismo español.

—Pero... es que hoy España está partida por la lucha económica—me seguiréis diciendo— y o se está con los proletarios o con los aristócratas.

Y yo contesto: —Eso es verdad, pero no toda la verdad. En las dos partes hay gente que lucha por intereses—la lucha económica—pero no olvidemos que hay entre los del bando negro gente que lucha por el ideal religioso o monárquico y en el bando

rojo gente que lucha por la libertad.

Ninguno de los intelectuales citados es marxista; pero tampoco fachista y en cambio muchos de ellos están plenamente con el gobierno por cuanto éste representa deseo de libertad, de integridad nacional y de sentido democrático.

Y baste con esto. Entre otras cosas porque no es mi campo el de la dialéctica política. No he pretendido con este inciso más que aclarar para ustedes la posición de los intelectuales.

Sigamos con el tema propio de esta conferencia o confidencia. Sigamos con la crisis originada por la guerra en la literatura y en las artes.

Ya hemos visto cómo se refleja esta crisis en mis poemas. Podría leer poemas de otros autores—poemas de ese romancero de la guerra que ya es numeroso y rico en piezas de primer orden. Pasemos a mis dibujos.

¿Qué son éstos? En primer término significan la inmersión en el dolor inmediato, palpable. Significan que después de aquella interrupción primera sufrida por mi obra, vine a interpretar escenas concretas de la dura existencia. Escenas que todo el mundo pudiera comprobar. Basta con anunciar los títulos para convencerse de esto: "Evacuación de aldeanos", "Fusilamiento y repercusión en una familia", "Lisiado conducido por familiares", "Destrozos de un avión", "Hambre y desolación", "Mujeres peladas", etc.

Todos estos dibujos son un contacto con la dura realidad concreta. Ilustraciones para la historia. Romances gráficos. No se separan del dolor. No se elevan a regiones simbólicas. Solamente en los últimos hay algo de esto. Y yo lo atribuyo a fatiga, a mi cansancio, después de dos o tres meses de dibujar lo concreto.

¿Qué pretendo con ellos?, me pregunto a mí mismo anticipándome a vuestra pregunta.

Y respondo con toda ingenuidad: haceros pensar unos instantes en lo terrible de la tragedia española.

Yo no vengo en son de propaganda en el sentido corriente, sino a deciros de un modo gráfico y simplemente humano: en tales simas del dolor está la gente de esta tierra que colonizó e hizo posible vuestra vida en este Continente.

A esto se reduce el aspecto humano de la cuestión. Pero ésta tiene otro aspecto y es el artístico. El cual se puede concretar en estas preguntas: ¿Influirá la tragedia en el futuro artístico de España? ¿Nacerá un arte nuevo? ¿Qué tendencia tendrá? ¿Realista, idealista, popular, aristocrático, abstracto?

Veamos qué factores intervienen en la producción artística. En primer lugar el artista mismo, su

temperamento, y en segundo lugar, el pueblo interesado, el público.

El artista es como un aparato registrador muy sensible a los movimientos, presiones y calorías del mundo que lo rodea. Y es natural que acuse hora por hora los cambios o modificaciones de este estado de cosas. Cuando la conmoción es intensa, como ahora en España, puede trastocar muy hondamente el sistema o mecanismo del artista. Mi experiencia es que mientras viví dentro del campo dramático no sólo fui preso del drama sino que llegué a ver las artes de los demás desde un punto de vista exclusivo e intolerante. Así, al llegar a México, hice declaraciones al escritor Cardoza y Aragón que le sorprendieron a él y a otros. En ellas fui

duro para el arte de Picasso, del fenómeno más importante de la pintura moderna del cual fui paladín durante años en Madrid. Y en ellas fui duro para el arte del joven Dalí, al cual conozco desde que empezó a estudiar.

¿Cómo se explica esto? ¿Es que yo reniego hoy de los valores artísticos que antes veía en esos pintores? ¿O es algo peor, que no estimo en el arte lo que es realmente el arte?

Permitidme que os defina mi fe artística. Yo creo, si se trata de dibujo, que la línea tiene por sí un valor que está por encima de las tendencias o fórmulas académicas o revolucionarias e incluso de los objetos del mundo real.

Y creo, si se trata de pintura, que los cuadros son productos del

Bufones trágicos

= De El Nacional. México, D. F., julio 10 de 1937 =

Con docta palabra Moreno Villa discurre acerca de las historias que hablan de la vida y de la muerte de los bufones en las cortes españolas. Dolorosas y a veces intrincadas páginas son las que tiene que revisar. No asoma siempre la verdad. Con frecuencia se queda oculta entre las líneas de los códices. En ocasiones ni siquiera es posible entreverla. Las piruetas, voces y ocurrencias de los bufones, pasan por la vida sin revelar la fuerza que las crea y las mueve. Toda aquella caterva de seres tocados por el destino está ahí como un enigma, acechando con risa y lágrimas, desde los rincones del mundo. Parece que conocen su verdad y sospechan nuestra malicia. Sin duda que se burlan un poco de nosotros. Tal vez hasta nos compadecen. El azoro de sus rostros es lumbre del orgullo inefable de sus almas. Gozan nuestra incertidumbre. Para algo están ahí. Dios o el Diablo les han dicho, al oído, un secreto. Los reyes y los señores los manejan como ornato de gracia que, sin advertirlo nadie, se tornan en ornatos de tragedia. Con esta licencia, empapados de locura, se entran por las páginas y por las pinturas de los artistas de los siglos XVI y XVII. Sin quecer nos enseñan las más fatídicas verdades con el silencio de sus bocas y la noche de sus ojos. Nos obligan así, a adivinar lo que piensan de nosotros.

Son como la conciencia del alma colectiva que anda por ahí sin atreverse a salir clara y elocuente en el rostro de nadie. Se yergue en la monstruosidad de ellos. Es como si recogieran los hilos de la conciencia humana y los juntaran para tejer el tapiz de su retrato. Ellos pintan el dibujo en el cañamazo de sus caprichos. Saben lo que hacen. Ven la figura que nosotros apenas si alcanzamos, en el revés, como una masa informe de estambres. A cada quien le pertenece un hilo y lo van torciendo con risa y con mueca. Nadie se resiste ni protesta. La verdad de cada uno está ahí, perdida entre la verdad de todos. Pero el bufón la conoce y sabe donde está. "Esta es la tuya", parece que dice en su mudez.

Fija Moreno Villa la colindancia que tienen estos seres excéntricos con los graciosos y los pícaros que recoge el teatro y la novela. Porque, en el fondo, pícaros y graciosos no son sino los mismos bufones, enanos y jorobados, locos y simples, acrecidos de cuerpo y puestos a caminar, derechos, por tablados, plazas y atrios. Se conoce enseguida que son los mismos. Se ve en sus ojos, se oye en sus voces, se sabe por sus intenciones. Son los mismos. Son los mismos y más terribles porque no parecen los mismos. Nadie lo dude. Lo disimula su apostura, su garbo y su lenguaje pulido. Se han libertado de sus cuerpos pero no de sus espíritus. Las risas que salen de sus bocas rigen y gobiernan la república del pueblo español.

Pero hubo uno de estos seres mitad enano, mitad simio, patizambo y pelirrojo, de ingenio lúcido y palabra fácil, que salió de casa noble y que alcanzó, con la sola verdad de su poesía y de su orgullo, una posición extraña. Se rebelaron contra él los rivales y los émulos de su oficio. Le miraron con rencor, pero no pudieron verle con desprecio. Los insultos que le dirigían tornaban, en silencio, sobre sus caras. Aquel geniecillo no estaba hecho para echarse en los estrados sino para sentarse en las más altas sillas. Aquel ser mitad enano, mitad simio, era un hombre, y como hombre hablaba. Todavía hoy se oye su voz: sale de la boca de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

ERMILO ABREU GOMEZ

talento y la sensibilidad, siendo lo menos importante el asunto de que se vale el pintor para expresar su mundo interior.

Creo, en fin, que el arte es algo de suma delicadeza y que algunas veces convienen los desdibujos y las desharmonías y las violencias para conseguir emociones y contrastes superiores.

He vivido y pasado por todos los avatares del arte moderno y ensayado caminos por cuenta propia. Nada de lo de mi tiempo es ajeno a mí. Lo he querido y lo sigo queriendo, con sus errores pero también con sus elaboradas y refinadas conquistas.

Tratemos, pues, de comprender por qué siendo esto así he podido manifestarme públicamente contra aquéllas dos figuras del arte mundial.

En realidad, sin darme cuenta yo mismo, no hablaba por mí, hablaba por muchos, era la voz de mi estado de consciencia, o de un estado moral. De esto me voy dando cuenta ahora, a medida que pasan los días en mi alejamiento del campo de la lucha.

Cuando se está dentro de aquel ambiente trágico, desaparecen muchos valores, pero quedan los valores morales y todo se juzga y se sopesa por su aspecto moral. Para quienes estábamos allí, rodeados de escenas dramáticas e inmersos en una tensión dura y sostenida, no existían otros valores que los de la lealtad, sacrificio, adhesión incondicional a la causa que nos parecía justa. Y llegábamos a considerar que todo lo que no se sintiese afectado por el drama, incluso el arte, era banal, y, como quien dice, para frívolos turistas.

Otra vez al destierro

Un domingo de noviembre, mientras se disponía a acudir a un llamado de la Casa de Gobierno, la soldadesca enfatuada del comandante Espinosa—teniente de Facundo en otros tiempos—se apoderó de Sarmiento, lo llevó a la cárcel y le remachó con gran aparato una barra de grillos en los pies. Poco después de media noche el preso escuchó desde su celda, en los altos del Cabildo, un tropel de jinetes que se detenían, y entre un ruido impresionante de lanzas y de sables, el grito pavoroso que no dejaba vivir a la República: "¡Mueran los salvajes unitarios!". A las dos horas se repitió la misma escena, y cuando el alba vino, un grupo de oficiales se arremolinó en las arcadas exigiendo el preso "para afeitarlo", mientras doce cazadores de Espinosa subían a trancos las escaleras.

A pocas varas del Cabildo vivía el señor gobernador. Despertada su servidumbre por el tumulto y puesta en pie toda la casa, Benavídez no se atrevió a consentir el sacrificio del muchacho. Doña Paula con las hijas llegaban en ese momento hasta la puerta; el obispo Quiroga, pocos minutos después. Un edecán de Benavídez llevó la orden de suspender aquella grita; aseguró a Sarmiento en la cárcel baja y le transmitió en seguida la orden de destierro.

Mientras Sarmiento arreglaba en la celda maletas que le enviaban de la casa, sus alumnas del pensionado de Santa Rosa tuvieron un gesto que al muy llorón le llegó hasta el alma. Siete jovencitas, los cabellos lisos peinados "a la virgen", el delantal de nanquin sobre el traje de quimón—que exigía el uniforme del colegio—, fueron a recitarle al calabozo, entre las sucias paredes repletas de inscripciones torpes, la última lección de geografía y de gramática que habría de escucharles.

Con ese recuerdo en el corazón y un abrazo valiente de la madre enderezó a la cordillera otra vez el desterrado. Delante de él, los pe-



Fiesta de Santa Anita

Talla de Roberto de la Selva

¿Comprendéis ahora? Fue entonces por virtud de la lucha, cuando ví que no se podía ser neutro. Y este vocablo me pareció que definía el arte cubista mejor que todos los otros. Porque como ustedes saben, el cubismo qui-

so alejarse del drama. Porque— aunque os parezcan sutilezas de ingenio— en todo cuadro representativo hay drama. En cuanto pinta uno caras y manzanas, escaleras o puertas, caballos o toros de mujer sobre un lienzo empiezan entre sí a luchar todos esos elementos, queriendo vencer el uno al otro como ocurre en la vida. Y Picasso huyó de eso, como huyó de todas las escuelas, academias o fórmulas de arte, que traían otros tantos dramas consigo. Quiso quedarse con lo elemental de la pintura, el dibujo, el color, la armonía, lo neutro, lo que no tenía un acento vital.

¿Se ve ahora la justificación del calificativo?

Lo neutro me parecía nefando en tiempos de lucha civil. Los valores puramente plásticos o artísticos quedaban oscurecidos ante el

imperativo de los valores morales.

Y como es lógico si esto me ocurrió con el arte de Picasso, mucho más tenía que ocurrirme con el Dalí que está como quien dice al servicio de las aberraciones morales o de todo ese mundo sucio de la subconsciencia que Freud ha revelado a la humanidad.

Pues bien, señores, todo esto que ocurría en mí como en otros españoles ¿qué es si no un estado crítico de la consciencia, una crisis, un tambaleo de los conceptos y los sentimientos?

Yo que no había hecho jamás pintura ilustrativa no podía hacer otra cosa que dibujos ilustradores del drama.

Pero desde que hice estas manifestaciones al amigo escritor, han pasado dos meses. El escenario dramático está cada vez más alejado. Subsiste la angustia en el que llamé "aparato registrador", pero poco a poco el nuevo ambiente, la vida de otro pueblo impresionna y va ganando espacio en el artista.

¿Será así lo que ocurra a todos luego que termine la guerra? ¿Es decir nos olvidaremos de la tragedia en cuanto ésta desaparezca y el arte seguirá su camino con la independencia de siempre?

No olvidemos, sin embargo, otra cosa; el arte no depende sólo del artista. El público, el pueblo, la sociedad de mañana influirán en él también. El arte de mañana dependerá en parte del carácter de esa sociedad.

Yo creo, de todos modos, que la dura experiencia vivida tiene que dejar en todos nosotros—público y artistas— un peso, una densidad, una gravedad que tiene que acusarse lo mismo en la obra literaria que en las artes plásticas.

Si aquel desastre sufrido por España el año 98 dió motivo al resurgimiento literario y artístico, conocido por "la generación del 98", hay motivos para suponer que éste de ahora, incomparablemente más hondo y trascendental, provoque otra generación o brote del genio hispano en los terrenos del arte.

Conferencia pronunciada por el autor en el Palacio de Bellas Artes, 18 de Julio de 1937.

ñascos y las hierbas de las cuchillas próximas; y más allá, siempre más allá, la masa enorme escalonándose. Con el edecán de Benavídez al costado, llegó por fin hasta la verde quebrada de los baños de Zonda. Una paso más empezaba el destierro, pero también la libertad.

Algunas horas aguardó allí los enseres que de su casa habían quedado en remitirle. Por pura distracción pintó en la puerta de un rancho, bajo un escudo argentino, esta inscripción bien legible, en el límpido francés que le había dado lo mejor de su cultura: On ne tue pas les idées. Dos arrieros que contemplaban extrañados semejante geroglífico, murmuraron, no sin sorna, que el primer aguacero se llevaría lo pintado. Sin volver los ojos, el aludido respondió: "Lo que yo he escrito no se botará jamás"...

(De Aníbal Ponce, en su libro *Sarmiento*. Espasa-Calpe, E. A. Madrid, 1936).

Un año de guerra en España

= Editorial de *El Nacional*. México, D. F., 19 de julio de 1937 =

Un año hizo ayer que los apetitos de la casta militar —de una casta formada al calor de la Monarquía, cómplice de ella en el largo estrangulamiento que sufrió el pueblo español— hizo estallar un movimiento dirigido contra las instituciones democráticas que con juicio pleno, conscientemente, ejerciendo un acto de derecho indiscutible, conforme a procedimientos puros y perfectos, se dió a sí mismo el propio pueblo español.

Un año de lucha para una democracia que se defendió, primero, contra una agresión interior y después contra las agresiones fraguadas, alimentadas e impulsadas en el exterior, constituye y rinde un cúmulo de experiencias que no deben dejarse pasar inadvertidas precisamente por lo que tienen de ejemplar.

La revuelta militarista de España pudo ser tomada en un principio y aún justificarse como una guerra civil. Pero esta guerra civil —si acaso la hubo— fue domeñada prontamente por las fuerzas que quedaron leales a la República y por las masas de trabajadores que empuñando instrumentos de labranza, armas viejas, cartuchos de dinamita, sin disciplina ni conocimientos militares, acudieron a los sitios de peligro en defensa de sus instituciones. Así fracasó la rebelión en Barcelona, en Madrid, en otros tantos sitios.

Pero España tiene innumerables riquezas en su subsuelo: las minas de Peñarroya y Almadén; las inagotables vetas de hierro de Euzkadi; tiene también Islas estratégicas en el Mediterráneo; su costa queda a la vista de la de África. Todas estas circunstancias hicieron evolucionar una simple infidencia hasta una guerra internacional a la que sólo ha faltado las declaraciones enfáticas de rompimiento de hostilidades.

Y de esta manera, miles de "voluntarios" extranjeros que no combaten por un ideal alto, pero ni siquiera decoroso; miles de hombres a quienes se ha educado para dar la muerte y recibirla; autómatas al servicio de la violencia invadieron el territorio de España para dar apoyo a la traición —ahora a la doble traición— que encabeza uno de los tantos militares que escalaron el generalato pisando sobre los cuerpos de aquella juventud española que la Monarquía llevó a Marruecos e inmoló en Xauen y en Annual.

Pero es tal la fuerza de la democracia española; tanta la seguridad de su razón y su derecho, que toda la técnica guerrera internacional se ha estrellado en lugares cuyos nombres suben auténticamente a la Historia: Madrid, en las llanuras de Castilla, paralizó el avance de un ejército formidable apoyado por las cruentas máquinas aéreas y el pesado empuje de los tanques; en Brihuega se repitió Capporetto; Guernica la mártir recuerda también muchas de las poblaciones francesas arrasadas en la Gran Guerra.

Los complicaciones internacionales que ha producido la agresión a España han sido, a su vez, otras tantas oportunidades para realizar definiciones y medir los terrenos. Sólo que de esta medición otras dos democracias europeas no salen sin culpa puesto que a su amparo, aprovechando ya su cautela o sus ingenuidades, las naciones que tienen interés en conquistar la producción de hierro, mercurio y cobre de la Península, han infringido pactos, tratados, compromisos solemnes.

Y por no actuar como verdaderas democracias en apoyo de otra amenazada y con la cual se habían suscrito a su vez tratados, pactos y compromisos, la guerra internacional que tiene por escenario España se ha prolongado ya todo este año doloroso que ayer se cumplió.

Ello no quiere decir que España se haya visto totalmente desamparada. De América, donde la propia España cumplió un destino; de México, en donde otra España —la feudal— realizó una misión que no viene al caso juzgar hoy, la voz de aliento y la ayuda efectiva han salido; y esa voz se ha vuelto a escuchar en el frente de Madrid, cuando los fusiles mexicanos, iguales a los que sirvieron para hacer nuestra Revolución, detuvieron a las hordas moras, a los batallones de señoritos y a las brigadas de "voluntarios" trajeados con camisas oscuras.

El gesto de México está originado en el cumplimiento estricto de los deberes que toda democracia auténtica tiene con la de España hoy en peligro; en el apego con que México reconoce y ejercita sus compromisos y sus derechos; en la consideración y respeto que México tiene de sí mismo en todo momento en que se vulnera el Derecho de Gentes, la respetabilidad de un país, su soberanía. Y este gesto, lo que es más, tiene el apoyo y la emulación de nuestro pueblo que a pesar de la distancia que borra un tanto la tragedia, se ha sentido hoy más que nunca fraterno del pueblo español atropellado por la fuerza bruta, víctima de una facción que intenta substituir la libertad por la dictadura después de poner la muerte allí donde la vida se aproximaba a la perfectabilidad.

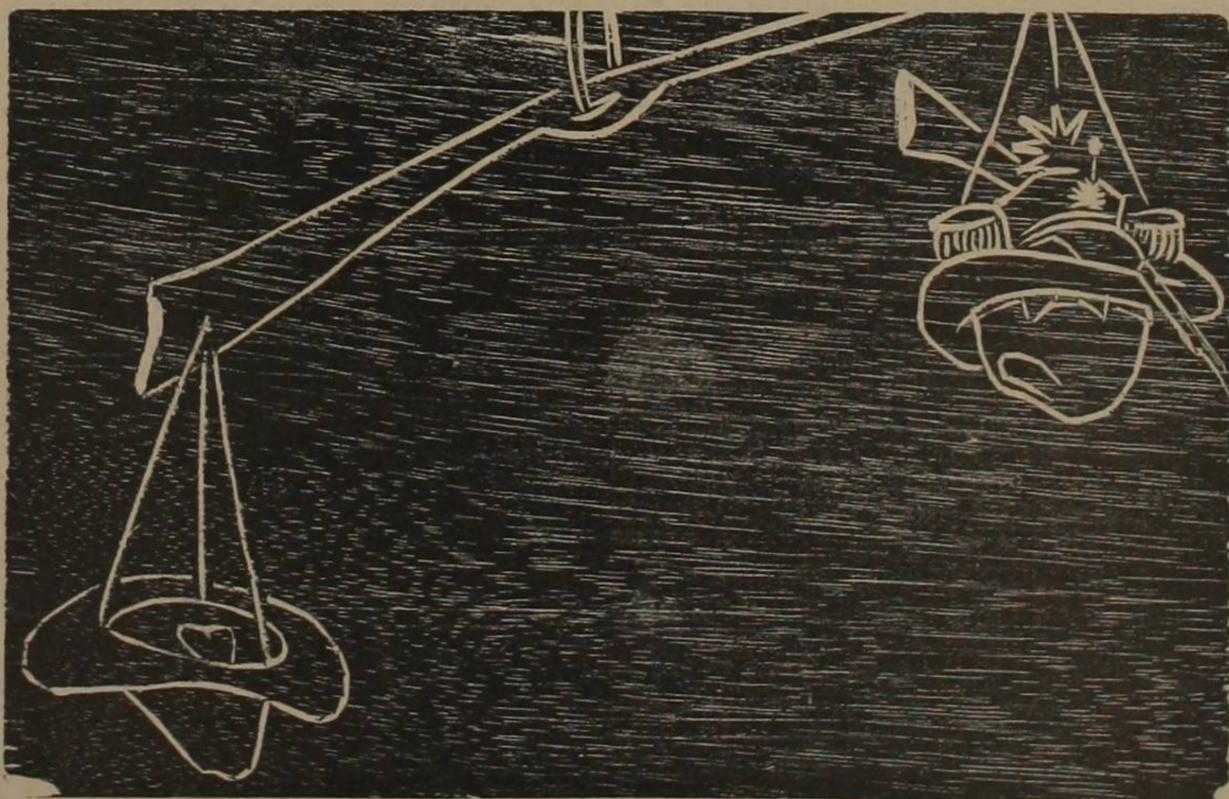
Por eso México acoge hoy, y las siente entrañablemente, las palabras de uno de los hombres que en esta lucha a cuyo término está la victoria del pueblo, se ha destacado:

el general José Miaja que ha dicho: "Tenemos de nuestra parte el derecho y la legalidad. Representamos la tolerancia en contra de la intolerancia, la justicia en contra del privilegio, la paz en contra de la guerra. Estamos en condiciones mejores que el enemigo en lo que respecta a estado de ánimo y espíritu combativo y con otra ventaja que se origina en el hecho de que tenemos la conciencia tranquila porque no hemos dado entrada a nuestra patria a fuerzas regulares de países extranjeros. El año que acaba de transcurrir ha puesto en evidencia que si el pueblo no pudo ser derrotado cuando le faltaban organización y material de guerra, tiene ahora el triunfo asegurado porque cuenta con todo lo que necesita para lograrlo. Somos hombres que estamos dispuestos a morir para salvar a nuestros hijos, a nuestras mujeres, y a nuestros padres de la tiranía de un régimen dictatorial y para evitar que nuestro país sea dominado por elementos de otros países que nos han invadido".

EL SABIO NUNCA ES HOMBRE PRIVADO

El sabio—dicen los epicúreos—debe abstenerse de ambicionar la vida pública. Mientras Aristóteles pensaba que es un deber de los hombres iniciados en las disciplinas científicas, intervenir cuanto puedan en la vida pública, y los estoicos y Cicerón afirmaban "que el sabio nunca es hombre privado", Epicuro alejaba a sus discípulos de la política. La misma razón, otra vez, el drama que ese insinúa entre bastidores: quien hace política auténtica, hace historia y no cabe dejar recuerdo de sí en lo histórico, sin correr riesgo, sin exponerse. El político tiene necesariamente que jugarse cuando llega el momento. El fracaso y el sufrimiento lo acechan.

(De Carlos Alberto Erro, en su libro *Tiempo lacerado*. Edens. Sur. Buenos Aires. 1936).



Sombrero

Maximiliano,
non va te fiare,
torna al Castello
de Miramare.

La poesía actual de México

"Crupta", de Torres Bodet

Por JOSE GOROSTIZA

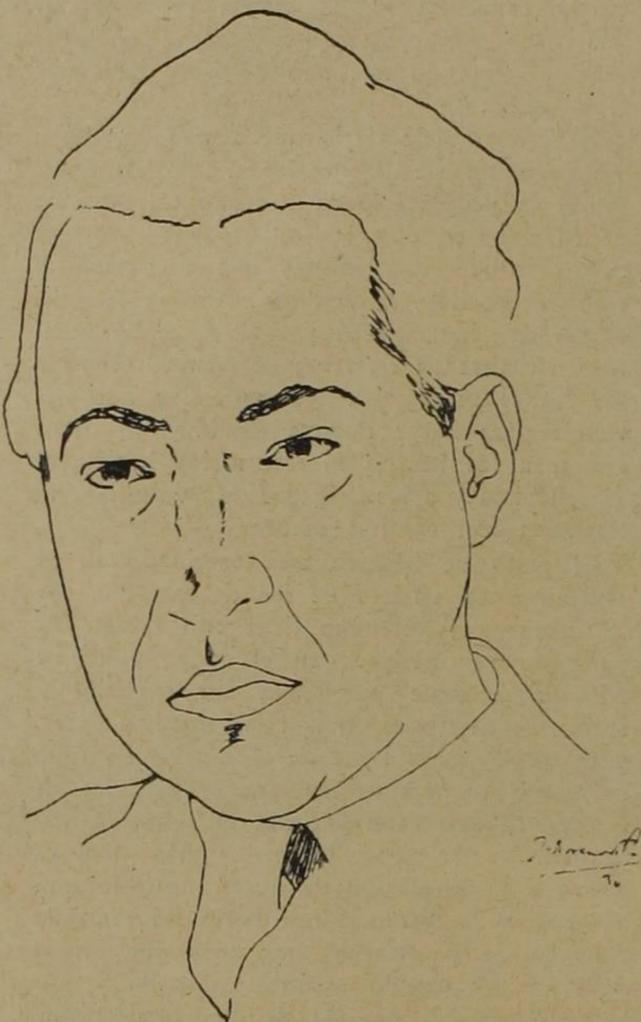
Envío del autor. México, D. F., julio de 1957.

Jaime Torres Bodet publica este libro de poemas, único después de *Destierro* (1930), tras una pausa de algunos años en que sus novelas *Estrella de Día* (1933) y *lo de Enero* (1935) le apartan del ejercicio de la poesía, aunque no de su trato. La interrupción es evidente. *Crupta* se define, por relación con *Destierro*, como un recodo de la trayectoria poética de Torres Bodet, aunque no todavía como un cambio de rumbo.

De gusto, desde luego, que *Crupta* aparezca en el centro de una tempestad de poesías—no, desgraciadamente, de poesía—porque es una excelente muestra de entendimiento, noción clara y uso perfecto de los valores poéticos. No exalta, ni define, ni demuestra, como es hoy costumbre en México, ningún programa de poesía. Torres Bodet está ya bien lejos de las causas primeras. Hombre de letras, cultísimo, sabe lo que es en él la poesía, y le da libre curso, sin los balbuceos, caídas y reincidencias de esa poesía ambiente, que incapaz de reflexionar profundamente sobre sí misma e incapaz por tanto de re-crearse, busca una sombra de renovación en los temas.

Crupta es libro de un solo momento poético. La poesía vuelve a Torres Bodet como un mensaje escrito con tinta simpática (*Poesía*) cuyo texto se manifiesta en momentos que él se creía "exento del tiempo y del espacio". El amor y el dolor han sido los reactivos que obraron la revelación. No se trata, pues, de poesía pura, sino de poesía fundada en las raíces mismas del sentimiento o *contaminada*—si así lo quieren algunos—de una sencilla humanidad. Torres Bodet lo declara así y su libro no lo desmiente.

Por lo demás, ya que se habla de *poesía pura y sencilla y poesía contaminada*, debo asentar que si hubo en la generación de Torres Bodet quien extremara su afán de pureza hasta el punto de identificar los conceptos de poesía y de forma poética, privando así a la poesía de todo contenido, ése no fue Torres Bodet ciertamente. El prestidigitador, el mago de circo, nos hacen creer que la apariencia de una manzana es realmente una manzana; pero el poeta—y esto es lo que hay en él de dios—nos hará una auténtica manzana que, tal vez, a nuestros ojos, no tenga la apariencia de una manzana. Para Torres Bodet, como para otros poetas de su misma promoción, la idea de pureza se refirió siempre al contenido de la poesía; en otras palabras, éste sólo es el que deberá ser específicamente poético, puesto que no podría ser en pureza ni religioso, ni científico, ni filosófico, ni histórico. De ahí nadie pudo inferir, como malévolamente se ha hecho, que poesía pura signifique poesía inhumana o deshumanizada, pues el mundo poético se edifica precisamente en las zonas más vivas del ser: el deseo, el miedo, la angustia, el gozo... en todo lo que hace en fin hombre a un hombre. La cuestión de que este mundo poético tenga calidad artística o no, depende únicamente de si el poeta es o no capaz de darle actualidad en la emoción universal. ¡Y qué más quisiéramos sino que todos los poetas mediocres fuesen grandes poetas! Pero resulta ocioso insistir en este punto, porque en casi todos los libros poéticos de Torres Bodet, él mismo ha manifestado sus ideas sobre la poesía, como lo hace ahora en *Crupta*, y nunca ha de-



Jaime Torres Bodet

Por J. Moreno Villa

jado de reconocer—que yo recuerde—su raíz emocional:

*¿quién te escribió en mi pecho
con invisible tinta,
amor que sólo el fuego
revela cuando toca,
dolor que sólo puede*

NO HUBO BECA PARA EL HIJO

El "primer ciudadano" (*) no fue favorecido. Días de tristeza se sucedieron en la casa. En el telar o en la cocina, mientras devanaba las madejas o espiaba junto al fuego el punto del almíbar, la madre sollozaba por el birrete doctoral perdido. Arrellanado en su silla de vaqueta, sembrado el suelo de cigarrillos, el padre cavilaba con la cabeza apoyada entre las manos. No resignado a injusticia tan enorme, se dirigió en una nota al señor Gobernador de Buenos Aires, rogando de su benignidad se le concediera a su hijo "por gracia extraordinaria, en clase de supernumerario, un lugar cualquiera en el colegio", para que "ilustrándose el tal mi hijo pueda a su vez ser útil a la América".

La nota no mereció el honor de una respuesta, y duele pensar que ni el gobernador Rodríguez ni el ministro Rivadavia pudieron un instante imaginar cómo habría de ser "útil a la América" aquel muchacho desconocido para quien un oscuro padre de San Juan imploraba una "gracia extraordinaria".

(De Aníbal Ponce, en su libro *Sarmiento*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1932).

(*) En la Escuela de la Patria, así aclamaban al muchacho Sarmiento sus camaradas.

*leerse entre cenizas,
decreto de qué sombra,
póstuma poesía?*

(Poesía)

Decía, pues, que *Crupta* es libro de un solo momento poético. De otra suerte no hubiesen sido posibles ni su unidad interior ni su perfecto equilibrio técnico. Todos los temas de *Crupta* nacen de la contemplación—a la distancia—de un amor que el tiempo disgregó en fechas, lugares e incidentes que el poeta no acierta a reunir otra vez en la unidad de la pasión. El amor, fuente inagotable de poesía, no es aquí, en *Crupta*, la fuerza arrolladora que posee y exalta o aniquila. Torres Bodet lo siente ahora de otro modo, como quien mira un objeto que le es propio, pero que no va ya con él: un poema antiguo, un retrato de la infancia. Nuestra lírica se enriquece así con un tema que parecía carecer de posibilidades, pues si el recuerdo dió siempre motivo a la efusión poética, fue porque el sentimiento amoroso, vivo aún, continuaba perturbando la afección del poeta. De ahí el inmenso caudal de poemas de ausencia, celos, resentimiento, y aun de simple evocación, que corre por la poesía del mundo. Pero no hay nada o casi nada de esto en *Crupta*. Si no temiera exagerar mi propia impresión, yo diría que Torres Bodet ha descubierto otra cosa: el sentido poético del desamor. Fue seguramente Torres Bodet, el novelista, quien sorprendió el tema en la observación de las almas; pero la emoción—aun la emoción intelectual del observador desinteresado—pertenece a la poesía, y fue Torres Bodet, el poeta, quien le dió su verdadera voz. Es la memoria, otra vez, que en el autor moderno, agobiado por un exceso de conciencia histórica, suplanta a la imaginación como fuente de belleza. Hay que recordar a Proust—¿En busca del amor perdido...?—y que pensar si las afinidades que han creído ver algunos entre Torres Bodet y Pedro Salinas no proceden de una comunión en Proust, o mejor dicho, de la familiaridad de ambos poetas con la mecánica de la reconstrucción.

Pero el poeta no ha hecho reposar en vano, alguna vez, toda su armonía interior sobre el sentimiento amoroso: porque un día, cuando éste le falta, siente que su edificio se sustenta prodigiosamente en el aire y que en ese mismo momento se le derrumba. Sobreviene un desquiciamiento. El poeta se mueve entonces entre los elementos confusos de una catástrofe anímica: ora es el teléfono que le grita mecánicamente, con su voz, pero sin su pasión, sus propias frases; ora el espejo que reproduce su imagen de otros días, pero dotada de movimientos autónomos que inútilmente se esfuerza en reconocer como suyos; ora, por fin, todo ese mundo de fantasmas que poco a poco se fuga del hombre y que se organiza fuera de él con toda clase de desechos: paquetes de cartas, puertos y hoteles entrevistados, ideas muertas, trajes en desuso, amores olvidados. Ese es el panorama de *Crupta*, en cuyo centro el poeta se siente

*Enterrado vivo
en un infinito
dédalo de espejos...*

(Dédalo)

(Sigue en la página 75)

Fernando Lles y Berdayes

Por G. GONZALEZ y CONTRERAS

= Colaboración. La Habana, julio, 1937 =

VIDA Y FORMACION

Si alguien le pidiese a Fernando Llés y Berdayes una autodefinition, podría responderle así: Soy individualista, matancero, incrédulo, misántropo, adscrito voluntariamente al "Pluralismo", antisentimental, decidido adversario de la organización capitalista, hoy en descrédito y en víspera de bancarrota. Estos aspectos son un buen punto de partida para conocer a este ensayista que niega los problemas en los pueblos para atribuirlos solamente al hombre. Todo es real en esta respuesta, que viene a ser excelente cimiento para la discusión de sus ideas. ¿Matancero? Sí; Llés y Berdayes nació en Ceiba Mocha, provincia de Matanzas, en 31 de agosto de 1880. Pertenece a una antigua familia asturiana, cuyo origen se remonta a los primeros cruzados. Por la ascendencia materna posee confluencias rusas, y entronque con los Francisco y Vela que han aportado ensayistas y filósofos al pensamiento de España.

Asturias es región de individualismo y colectivización agresivas, y Llés y Berdayes amará al individuo y a la agresividad. Sus sentencias predilectas son seleccionadas cuidadosamente en el acervo más impopular a los muchedumbres. La vieja máxima de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas", y el lapidario concepto de Heráclito: "Todo lucha en la naturaleza y no vive sino lo que vence", puede esgrimirlos como lema de toda su labor. Llés y Berdayes ha consagrado su vida a la reflexión, y al sentimentalismo cubano opondrá siempre un realismo crítico y desdeñoso. Su actitud para con las masas no será nunca la de un hombre que habla a su camaradas, sino la de un hombre fuerte que se dirige a los débiles.

Pero si para comprender a Llés es importante saberlo de la ática Matanzas y con ascendencia nobiliaria en Asturias, no lo es menos saberlo pesimista. El pesimismo es el único refugio de los espíritus desolados. Llés se burla de la emotividad y le confiere primacía a los valores del intelecto. Es, sin embargo, un hecho que por su serenidad ante el dolor, se parece a un estoico. Considera todo lo que no pasa por la comprobación de la mente como un acto lesivo a la personalidad.

En Cangas de Onís (Oviedo) cursó las primeras letras y se graduó de bachiller en el Instituto de Matanzas. Hacia los treinta años fue poeta de nutrición romántica, publicando mancomunadamente con su hermano Francisco, tres volúmenes de versos: *Crepúsculos*, *Sol de Invierno* y *Limoneros en Flor*, que nada aportan a la lírica de Cuba. Durante este período ejerció de periodista, incursionando en las disciplinas de la historia y en las cuestiones sociales. Fue anarquista, cuando serlo constituía una novedad. Había sido convencido a esas doctrinas por los libros de Kropotkin y Malatesta, de las que fue separándose para adoptar el concepto materialista de Buchner. Pronto fue el líder intelectual del grupo anárquico en que se fraguó el atentado contra Canalejas, pero evolucionó rápidamente, bajo la influencia de los filósofos de la Escuela Jónica, a cuya actualización ha contribuido con ensayos de sagaz enfocamiento y proyecciones hondas, en los que el hombre se enfrenta al dolor de su dramático destino.

Si la muerte es a menudo el hada cruel y



Fernando Lles y Berdayes
(1924)

poderosa que decide el destino de los escritores, para Fernando Llés y Berdayes, la desaparición de su hermano Francisco, víctima, en 1921, de un atentado político, fue la que remató al poeta, para hacerle lugar al pensador que esgrime el pesimismo heroico, a la manera de quien empuña una herramienta de choque.

En 1922 publica *La higuera de Timón*. Estos ensayos de arte y filosofía, no son de los que aspiran a socorrer al hombre, sino de los que convierten la angustia y el dolor en instrumentales seguros de trabajo. Desde los primeros apólogos, breves, sustanciosos y desolados, adoptó el tono de quien combate la hipocresía cultural. Los lectores se han de haber sentido irritados con este libro duro, en el que se intenta arrancar la máscara de toda convención.

Había tenido la influencia de Nietzsche, genio determinativo al que debe muchas de sus ideas. Probablemente el ejemplo del creador de Zaratustra le inspiró el deseo de escribir el ensayo corto, de una o dos páginas, cuando no la máxima escueta, firme, sin lozanía retórica. La muerte, sirviendo de idea madre a *La Higuera de Timón*, no es un concepto metafísico. Desecha la creencia en otra vida, por considerarla tan sólo como una reminiscencia celular de un tránsito de vida que ya hemos traspuesto. Es la sublimación subconsciente de la vida fetal, la que marcando su tónica en el recuerdo, induce a creer en un proceso de supervivencia. De ahí que el temor a la muerte sólo turbe a los débiles, siendo enseñanza y piedra de toque para quienes ejercitan la disciplina de frenar instintos.

De entonces acá, Fernando Llés y Berdayes parece haber pensado que era deber suyo el decirles a los hispanoamericanos amargas y duras verdades; a través de su obra entera, se dedica a derribar mitos. Si en *La Higuera de Timón*, enfrenta al hombre con crueles y

ásperas cuestiones, en *La Sombra de Heráclito*, endereza con más vehemencia su ataque en contra de lo mítico y sentimental como valores sociales y filosóficos. Si en *La Escudilla de Diógenes*, introduce la noción de verdad, es por el camino de la lucha impuesta por necesidades biológicas. También cuando trata del *Individuo, la Sociedad y el Estado*, dice con singular y constante realismo, duras verdades que afectan al hombre y a la comunidad. Ha definido a la democracia como a un 99 % de hipocresía. El resultado de su investigación es un llamamiento para dotar de sentido al socialismo pluralista, que es doctrina muy diferente del socialismo democrático.

Llés y Berdayes, obra pues, con un criterio de pesimismo heroico y de realismo crítico, mediante el que procura establecer la dignidad del individuo. Su pensamiento es cruel, pero consistente y grave. Lucha por sus ideas, no como un político, sino a la manera de un moralista.

IDEAS Y MOTIVOS

Llés cuenta que, deambulando Diógenes y Teofrasto por las calles de Atenas, cerca de la estatua de Harmodio, encontraron a un anciano herido en el suelo, y junto a él una joven que se retorció los brazos de dolor. Rodeábales nutrido grupo de espectadores, discutiendo acaloradamente sobre los motivos que Polemón—a quien acusaban del hecho—, tuvo para atentar contra el anciano. En oyéndoles, Trata, la bella hija del caído, respondióles ahogada en llanto: "Oh, no amigos, no ha sido así. Mi padre cayó al suelo casualmente y se hirió".

Y Diógenes, en voz baja interrumpiéndola:—¿Pero lo perdonas, Trata? ¿No ves que tu padre se muere?

—Sí; ya sé que agoniza, pero ¿no quieres que perdone a quien lo libera, a quien redime al pobre anciano de la doble ignominia de la esclavitud del alma y de la carne?

Se comprende que Llés y Berdayes ame este apólogo, que me parece una clara introducción a sus ideas, que son esencialmente una reacción contra los excesos de la filosofía idealista y una lenta disciplina encaminada a constatar que la muerte redime.

Entre el hombre y las fuerzas ciegas, la medida de la lucha se la dan las necesidades. Afirma Llés que la verdad no proviene del exterior sino de lo recóndito de la conciencia. El que no triunfa es porque no sabe discernir el volumen de su capacidad. Su tesis es, que sólo el individuo es un problema. El que aprende a conocer, sobre todo si posee agudo espíritu crítico, repugna la mentirola, aunque sea la mentira saludable que se precisa para vivir, y que mientras conserva cualidades espoleadoras hacia la satisfacción de los deseos profundos, es para el ánimo la verdad incontestable y fecunda.

El mundo de las cosas, de la exterioridad y la muchadumbre es inestable: el mundo interno puede ser estable por la voluntad. El hombre confronta a menudo situaciones desesperadas; el discernimiento de lo que es mejor está vinculado al juicio crítico; lo conveniente es aquello que puede servir a nuestro provecho; "lo que es útil, es bueno y es moral, pero hay que distinguir entre lo útil transitorio y lo útil trascendente; Llés con-

sidera como fines éticos—es decir, útiles—de lo social, aquellos que propenden al acentuamiento y la mayor medida de la personalidad. La conclusión del ensayista parece ser la de que sólo el hombre es la medida de todo valor.

EL ANTI-EMOCIONAL

La vehemencia emotiva, he aquí al enemigo. Tal podría ser el lema de Lles y Berdayes. El que permite que le arrastren las emociones, se encuentra en los umbrales del fracaso. Los sentimientos, en un mundo mal estructurado, adoptan la máscara de la virtud. El sentimentalismo, convertido en norma de conducta, es peligroso como un veneno disfrazado en una confitura. Sólo vence quien informa su conducta con normas intelectuales.

Por este camino, el pesimismo estoico de Lles y Berdayes, se da la mano con las formas del pensamiento de los cínicos. No en balde ha escrito *La Escudilla de Diógenes*, conjunto de ensayos que forman una síntesis admirable de la época de Aristóteles y los Sofistas. Acaso no hay una sola idea de aquellos tiempos en que él no haya introducido la sonda de su mirada escudriñadora.

Pero quien se dedica a ver bajo la costra de las palabras, se encuentra con que el cinismo de Lles no se fagocita jamás en sentimientos verdaderos, sino a expensas del chantaje sentimental, que viene a ser en última instancia, el conjunto de convenciones de que la sociedad se nutre a través de las centurias.

Ser uno mismo, procurar vivir para el rostro y no para la máscara, saber claramente lo que se quiere y no pretender que se haga lo contrario, renunciar al sentimentalismo para vivir en el intelecto, hacer de lado la conciencia emocional y regirse únicamente por la razón práctica y positiva, he aquí el credo de Fernando Llés y Berdayes.

EL REALISTA CRITICO

Si la vehemencia emocional, en la obra del ensayista, es siempre el peligro, el espíritu crítico es el cimiento sobre el que se erige el hombre.

Perteneciendo Lles a la estirpe de los que no se dejan arrastrar por la correntada, bracea y resiste a fin de analizar las causas, y remontando corrientes se remite a los orígenes, para comprenderlos y explicarlos.

Partiendo del concepto de la vida como deber,—no como derecho—, considera que para la libre actuación, no hay que nutrir ilusiones. Cuando el hombre conoce mal a los seres humanos, y los ve no como son sino como se los imagina, es cuando mueve empresas al fracaso. Ni el sentimental ni el que renuncia a actos crueles, triunfan. Por naturaleza, el hombre carece de moral. El hecho moral es un hábito engendrado en imposiciones coercitivas, y cambia conforme se transforman los contenidos sociales.

“Las sociedades—escribe Lles y Berdayes—se mueven históricamente con vista de un interés contemporáneo cualquiera, y con preferencia hacia el interés que represente el signo de valores de una época dada”. Aquí caemos de plano dentro del relativismo en la conducta. La ética subjetiva y teórica la sustituye por otra más objetiva y práctica. ¡Al diablo la metafísica y las ilusiones!, parece afirmar el ensayista. Son sanguijuelas que chupan el espíritu, y cada una de ellas roba un poco de nuestra fortaleza interior, apartándonos de las nociones sencillas y escuetas a las que hay que aferrarse, si se quiere vivir hondamente y si se desea una muerte digna.

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de goma (United States Rubber Co.)

Máquinas de contabilidad MONROE

Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW

Plantas eléctricas portátiles ONAN

Fresquería en general (Owens Illinois Glass Company).

Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).

Equipos KARDEX (Remington Rand International).

Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A.

Socio Gerente

Al valor de las categorías intelectuales en la conducción de la vida, Llés le concede amplio crédito. Sus héroes favoritos son Diógenes, el cínico, Timón, el que enseñara que la muerte redime, Protágoras, Heráclito y Empédocles, ese gran espíritu que afirma que “pensar y sentir, es padecer”.

Conocer las causas hasta donde sea posible, tomar los hechos como vengan y emplearlos de la mejor manera, esta es para Lles y Berdayes, la más noble y fecunda forma del deber. Es en el dolor donde el destino humano, listo siempre a imponerse al universo, recobra su propia nobleza. Los instintos frenados, la voluntad calmada, la afirmación de la categoría intelectual, informan la penúltima palabra de la sabiduría. La sabiduría para Lles consiste en considear “la existencia como medio para relizar el deber social, rehabilitando la ley moral que considera la vida como una misión, y el derecho a la libertad y a la cultura como una consecuencia del deber cívico cumplido conscientemente”.

LA POLITICA DE LLES Y BERDAYES

Estas virtudes que le son amadas, Lles las encuentra mejor en el individuo que en el ser social.

Las masas—piensa—todo lo hacen mal, por la razón sencilla de que fían demasiado en el número y poco en el individuo. Lo que propugna es una ética individual convertida en política práctica. No considera antagonicos,

sino complementarios los términos individuo y sociedad. Su individualismo no es económico ni político sino de índole psicológica. La sociedad, para él, si verdaderamente quiere servir a los fines del progreso, está obligada a realizar esa promesa que es el hombre. Como toda actitud de realismo crítico y pesimismo estoico, la actitud de Lles y Berdayes es aristocrática. Siente horror del hombre que protesta, agita, reclama, y piensa sólo en sus derechos y nunca en sus deberes. De *La Higuera de Timón*, al *Individuo, la Sociedad y el Estado*, Lles combate en todos los frentes a este tipo de hombre.

En política, como en todo, el autor de *La Sombra de Heráclito*, es antidemócrata, y combate el espíritu revolucionario, porque al igual de Joseph Conrad, cree que “libera al hombre de todo escrúpulo acerca de las ideas”.

El idealismo, actitud halagüeña en política, que no sólo es patrimonio burgués, sino que suele serlo de la mentalidad revolucionaria dogmatizada, es cosa que le repele a Lles y Berdayes. No siente ninguna simpatía hacia la plutocracia democrática ni hacia la preeminencia absolutista del Estado en los regímenes fascista y soviético. Sabiendo que a la política hay que hacerla o sufrirla, aboga porque siendo el individualismo no un principio sino un remate cíclico, se le tome de sustentáculo para crear un tipo de sociedad más justo, en el que el hombre, afirmándose como tal, se afirme también como individuo de una corporación, y como parte de una colectividad.

En *El individualismo, Individualismo Socialismo y Comunismo*, así como en *El Individuo, la Sociedad y El Estado*, Lles y Berdayes atribuye la crisis de nuestro tiempo y el fracaso del capitalismo, al deleznable valor de los principios románticos que informan la actitud política, y al hecho de que los actos vitales no están subordinados a la Hombría. Cuando la educación parte de criterios emocionales, considera Lles que castra a los hombres para la voluntad y para la acción. De ahí que, partiendo el mundo actual de lo emotivo y religioso—fascismo y comunismo son formas laicas de religiosidad—, no cumpla sus altos fines, que son la realización del individuo.

Lles y Berdayes es partidario, pues, de la creación de un nuevo tipo social que satisfaciendo el individuo, organice al Estado como un servicio de responsabilidad pública, y a la

VELAR POR LOS HIJOS

La innovación del cristianismo, al recordar a los padres la obligación de velar sobre sus hijos, venía a remediar una llaga del hogar doméstico antiguo, de que se quejan los escritores paganos, Tácito y Quintiliano, y a la que se refiere Plutarco en sátira inmortal: “La mayor parte de los hombres, dice el moralista, incurren en una abstracción ridícula. Cuando tienen un esclavo de valer, lo emplean como trabajador, piloto, intendente, o encargado de las mercaderías y el dinero; pero, cuando el esclavo es borracho, vividor y no sirve para nada, a él le confían el cuidado de sus hijos”.

(De Alejandro Vicuña, en su libro *Crisóstomo*. Edit. Nascimento. Santiago de Chile, 1936).

riqueza, la propiedad y la industria, sobre una base socialista. Pero si es socialista, lejos está de ser un socialista ortodoxo. Lles, influido por moralistas y sociólogos del tipo de Dewey, Levy Bruhl y Lasky Duguit, se pronuncia contra el mito de la lucha de clases, inclinándose hacia la doctrina pluralista.

Si Llés y Berdayes desea transformar el orden social existente no es a base de una revolución política, sino mediante la creación de una *sociedad científica*, "que no niegue los valores de la aptitud personal, pero que tampoco permita imponer estos valores con perjuicio de los intereses comunes". Cambiar de instituciones no debe ser sólo cambiar de apariencia, sino transformar al hombre. Llés sustenta la base de esta transformación en una política pedagógica de *humanismo vital*, que acelere el ritmo de los nuevos estados de conciencia.

Aquí dejamos el terreno del político para entrar en el del moralista. En toda su doctrina se conservan resabios del anarquista que fue y del pesimista estoico que es. Lles y Berdayes ha escrito libros preñados de sugerencias, en estilo déspota y brillante, llegando a lo brutal frente a la multitud de prejuicios que hay que vencer. Pero descubren el talón de Aquiles cuando se piensa que es un hombre señero quien lo escribe. Lles y Berdayes, a fuerza de estoicismo ha llegado a vivir insularmente, aconchado en su soledad. Y para decirlo con un concepto maduro de Carlos Reyles "es preciso que la vida interior sea muy tensa y rica para llenar el vacío que alrededor nues-

tro produce la soledad". Y por serlo, vale para el individuo, pero no para esa cosa compleja que se llama mundo social.

La doctrina política de Lles, como la de J. H. Wells, que también es partidario de una sociedad científica, y la de Bernard Shaw, que también es un moralista, a pesar de su ajuste realista aparente, cae en el terreno de la utopía. Lles y Berdayes es un prestigioso estilista, limpio, claro y expresivo, que se ha hecho para su uso una teoría, y la expone de modo magistral y la defiende muy bien. Lles, que tanto y con sagaz ingenio arremete contra el idealismo emocional, ha erguido el ideal del individuo—fuente de toda emoción—; y parte del estoicismo—calidad emocional del intelecto—, para construir libros elocuentes y arrebatadores. Lles no ha visto las cosas tales como son, sino del modo en que las confronta con su soledad. Escuchémosle, porque tiene algo que decir, y como lo dice sinceramente, aunque partiendo del supuesto de que "la literatura, en su más alta expresión, no está justificada sino cuando es verídica, y por consiguiente, cruel", siendo Lles el anti-sentimental, si influye no es por la razón sino por el sentimiento. Es actitud bastante bella esta de aparecer duro y hasta cruel por respeto a emociones más íntimas y por no descubrir el tesoro de la verdadera soledad. Sano son los ensayos de Llés y Berdayes porque nos ayudan a colocarnos frente a nosotros mismos. Después de este aluvión de cínica sinceridad y pesimismo estoico, el alma es más apta para acrecer su estatura.

Gottfried von Haberler: *Prosperité et Répression*. Etude theorique des cycles économiques. Societé des Nations. Genève. 1937.

Envío de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, Sección de Canjes:

Olmedo Alfaro: *Galápagos estratégico y comercial*. Editorial Jouvin. Guayaquil. 1936.

Envío de A. Arriaza (Casilla 547, Santiago de Chile):

Amanda Amunátegui: *Umbral gigante*. Poemas. Nascimento. Santiago de Chile. 1936.

Puñetazos de Gary Cooper

= De *La Vanguardia*. Buenos Aires, 4. abril, 1937 =

He visto varias veces El secreto de vivir, por Gary Cooper. Y volveré a ver la película muchas veces más, como quien toma píldoras para curarse de la hipocondría (supuesto que la hipocondría se cure con píldoras). ¿Y qué es lo que ocurre allí, al fin de cuentas: un poeta, acosado por los hombres de presa: una maneta lírica, desinteresada y honrada de ver el mundo en pugna con el criterio activo utilitario y egoísta con que resuelven los problemas los dominadores de la materia: políticos, periodistas, industriales, magistrados, estafadores... Y el efecto terapéutico del espectáculo (por eso aludí a los píldoras) es que el poeta, contrariamente a lo que se cree de ordinario, está más cerca de la verdad, y sabe defenderla mejor, y más fuerte, que las aves de rapiña que merodean en su redor. ¡El lírico, superior al hombre de acción!

Los poetas siempre fueron expulsados de la Cosa Pública; y el mundo marcha tan mal a pesar de ello y del exceso de energía de los hombres de acción, que uno se pregunta si podría irle peor en caso que gobernaran los líricos, las mujeres y los niños.

Algunos de los hombres que se llaman "positivos", reconocen los méritos prácticos de la poesía sea porque Dante descubrió la circulación de la sangre antes que Servet (y Shakespeare antes que Harvey), o bien porque la poesía, según ellos, puede ser tan útil como cualquier técnica si enseña la electromecánica con la elocuencia con que Lucrecio enseñó el materialismo.

Pero no se trata de degradar a la poesía a mero instrumento de los técnicos, sino de defenderla en sus méritos propios, en su pureza esencial.

Cuando uno, fatigado de ver los tremendos yerros de los hombres de acción, sus guerras, y dogmatismos, e inquisiciones, y violencias, y mentiras, y trasiego electoral, atiende a las voces puras y sinceras de los "idos" como Rainer María Rilke, o de los místicos como Fray Luis de León, o de los atormentados como Holderlin, acaba por comprender que la poesía es una forma de conocer el universo y de actuar sobre él; y que lo que le falta a la República, precisamente, son los poetas (¡Platón creía que sobraban!).

Entonces, cuando se está bien convencido de la superioridad espiritual de los poetas—a pesar de su insignificancia política—, se va al cine y se goza viendo a Gary Cooper—en el papel de poeta lírico—dar puñetazos a los hombres de acción. Es un alivio del complejo de inferioridad que padecemos los del gremio lírico.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Los libros de la semana

Índice y registro, extractos y referencias de las publicaciones que se reciben de los autores y las Casas editoras

Cortesía de don J. Antonio Villacorta C. (Guatemala: 17 C. P. No. 26, Rep. de G.):

Memorial de Tecpán-Atitlán. (Anales de los cakchiqueles) por Francisco Hernández Arana Xajila y Francisco Díaz Gebuta Quej. Texto y traducción revisados, con notas y estudios sobre lingüística guatemalteca, por J. Antonio Villacorta C. Rep. de Guatemala. Marzo de 1936.

Donación de la Biblioteca Nacional, Bogotá, Colombia:

Los Nos. 79 a 83 de la *Biblioteca Aldeana de Colombia*, selección Sampet Ortega:

Orodores sagrados de la generación del Centenario.

Los jóvenes oradores sagrados.

Los poetas. Flores de varia poesía.

Los poetas, (Elegías). Del Dolor y de la Muerte.

Los poetas. Del Amor y de la Mujer.

Los Nos. 89 a 95:

Las mejores poesías colombianas.

Los poetas. (De otras tierras).

Teatro: *Las convulsiones y Doramina*, por Luis Vargas Tejada.

Atala y Guatémoc. (Tragedias en verso). Por José Hernández Madriz.

Piezas de teatro, por Carlos Sáenz Echeverría y José Manuel Lleras.

Un Alcalde a la antigua y dos primos a la moderna. (Comedia de costumbres nacionales, en dos actos). Por José María Samper.

Teatro: *Lo irremediable*, por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot.

Cortesía de los autores:

Alejandro Carrión: *Luz del nuevo paisaje*. Libro de poesías (1934-1935).

Portada y madera de Eduardo Kingman. Quito. 1937.

Con el autor: Apartado No. 12. Loja. Ecuador.

Raúl Maestri: *Arango y Parreño*. El estadista sin Estado. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. Habana, Cuba. 1937.

Con el autor: Línea 113, entre J y K. Vedado. La Habana, Cuba.

Antonio García: *Caldas*. Monografía No. IV. Geografía Económica de Colombia. Contraloría General de la República. Imp. Nacional. 1937.

Religioses Amerindias, por el profesor Jorge Bahlis. Porto Alegre. Río Grande do Sul. Brasil. 1937.

El Gobierno Mexicano. Su organización y su funcionamiento. Por el General José Mijares Palencia. México. 1936.

Eugenio Florit: *Doble acento*. Poemas. (1935-36.) La Habana. 1937.

Con el autor: Secretaría de Estado. La Habana, Cuba.

Envío de Alfonso Reyes:

Homenaje de escritores y artistas a García Lorca. Buenos Aires-Montevideo. 1937.

Envío de Julián Nogueira. Consejero de la Secretaría de la Sociedad de las Naciones:

La poesía actual de...

(Viene de la página 72)

Toda la poesía de *Cripta* se resuelve naturalmente en alusiones a la biografía y aun a la anécdota concreta, pero tan tenues que se hace preciso buscarlas más allá de las palabras. El drama ha sido objeto de una severa representación, se le ha mutilado en lo que tiene de más característico, en su dinámica. Hay un drama inmóvil que el poeta contempla desde su inmovilidad, no como un mundo de pasión, sino como un caos de imágenes en donde sólo él, por medio de una percepción exquisita, reconoce la imagen individual, la separa, la cultiva. De él, salido de sus propias entrañas, vivo, no hay en *Cripta* sino el humorismo con que considera su situación de espectador desinteresado de su propio drama. Desinteresado, pero no franco. Porque para poder contemplarlo, no se sitúa abiertamente ante él, sino detrás de él, sino tras las puertas que lo ocultan:

*Detrás de cada puerta
que ciertas bruscamente...*

*una mujer sin pausa
medita y envejece.*

(Presencia)

*Estás—en todas partes—
aprendiendo a morir; cerrando puertas
sobre el paisaje incauto de tu vida...*

(Soledad)

*Tras una puerta estoy,
estuve, estaré siempre...*

*frente al cadáver brusco
de la mujer que un día
oí, del otro lado
de la cerrada puerta,
rodar por los peldaños
de una escalera oscura...*

(Fidelidad)

Esta tímida confrontación del hombre con su drama puede estimarse a primera vista como una inconformidad de Torres Bodet respecto de los cánones poéticos de su generación, o mejor dicho, de su grupo—ése que a falta de un nombre que lo defina, ha sido designado con una certera inexactitud como "grupo sin grupo", "de vanguardia" y "de contemporáneos"—, ya que en todo él se advierte una repugnancia ostensible por la introducción de elementos dramáticos en la poesía.

El grupo no tiene ni ha tenido nunca una existencia real. Formado en sus orígenes por una selección arbitraria de la crítica (reléase el ensayo de Xavier Villaurrutia, titulado *La Poesía de los Jóvenes*), que sinceramente reconocía la imposibilidad de reducir a un denominador común concepciones tan diversas, si nó tan contradictorias, de la poesía, se convirtió más tarde en un todo homogéneo, no en sí ni por sí, sino en la imaginación de gente inadvertida que prestaba a todos los componentes del grupo, por pura pereza mental, las ideas de uno solo de ellos, o bien, dentro del grupo mismo, en el orgullo de temperamentos solitarios que temían—aun deseándolo— que todos los demás no fuesen sus prosélitos.

El grupo ha tenido solamente—insisto— una existencia virtual, no exenta, sin embargo, como toda creación mítica, de producir efectos importantes en el mundo de los hechos. Si se le considera como una suma de individualidades irreductibles—y así lo estudiaron siempre sus teorizantes, inclusive el mismo

Torres Bodet — el crítico más exigente no puede menos de reconocer que se encuentra frente a una poesía rica, múltiple en sus tonos, contenida, feliz en la expresión, preciosa de forma; la poesía más valiosa en fin que ha habido en México desde el modernismo; pero si se le considera como un conjunto orgánico, no creo que sea posible encontrar en ese "grupo de soledades" que dijera Torres Bodet, otra característica común que el solo rigor crítico con que se consagró a la poesía, no tomándola como una simple embriaguez verbal, sino como un ejercicio que implica rigurosas disciplinas intelectuales. ¿Y qué es esta actitud en nuestras letras sino una continuación natural de la iniciada por González Martínez, cuando opuso al cisne heráldico del modernismo — "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje"— su poesía de meditación y de reposo?

Pero "rigor crítico", a secas, no significa mucho. Hasta se podría creer que sólo se trata en el fondo de una simple retórica. No, este rigor hay que entenderlo como una cosa viva, cambiante, pues la tragedia del grupo y aún de la generación toda de—digamos— 1921, se cifra en él. Hay que ver cómo, nacido de una repugnancia no tanto por la suntuosa vacuidad modernista como por las orgías sentimentales del romanticismo, este rigor evoluciona hacia un ideal de forma—el de mantener puros los géneros dentro de sus propios límites—que empieza por eliminar de la poesía sólo los elementos patéticos, pero que acaba, cada vez más ambicioso, por eliminar todo lo vivo. Así, una clara tendencia hacia lo clásico, se convierte por asfixia en un horror a la vida, en un "testismo" — j'ai raturé le vif— que ha hecho aparecer a toda nuestra generación y no solamente al "grupo sin grupo" como una *generación sin drama*.

Como consecuencia de tal exceso de criticismo, en la poesía del grupo—siempre de una manera general—se advierte un profundo enrarecimiento de la forma poética; un prodigioso equilibrio que le permite *no caer*, pero que no le permite *andar*; un estrangulamiento, en suma, que la constriñe a sustentarse casi exclusivamente a expensas de la imagen. El contacto con lo vivo, así sea tan incipiente como en la poesía de *Cripta*, llega a considerarse entre nosotros (*) como impu-

dor, como falta de honestidad, gracias a una curiosa repercusión moral de las ideas estéticas, por cuya virtud, en vez de justificarse por la sola belleza, esta poesía de asfixia busca su justificación en el pudor.

Pero aun esta característica general, única que ofrece la poesía del "grupo sin grupo" considerada en conjunto—no como diversidad, sino como armonía—no puede ser aplicada a cada uno de los poetas aislados por ningún crítico responsable, sin antes comprobar, sobre los textos, los modos, temperamentos, intensidades, y aún los fracasos particulares de esta inhibición que he llamado "horror a la vida", pues resulta imposible olvidar, por ejemplo, que Pellicer ha escrito poemas de indecible ternura o que todo el *Nuevo Amor* de Novo es un solo desgarrador lamento.

Así, la inconformidad de Torres Bodet respecto de lo que sólo en teoría puede aceptarse como el sentir de una colectividad, puede inclusive no ser tal para el lector cuidadoso que conociendo la obra anterior de Torres Bodet, sabe cuánto hay en *Cripta* de lealtad para consigo mismo y cómo esta lealtad, practicada por todos al unísono, ha conducido necesariamente a concepciones distintas, acaso opuestas, de todos los valores.

Hay otro aspecto en que la actitud de Torres Bodet confirma la falta de unidad del grupo: su concepción de la poesía, en lo formal, como un desarrollo, como un crecimiento. También en este aspecto, espíritus banales o enemigos, prestan gratuitamente a todo el grupo la concepción opuesta, es decir, la de una forma poética paralítica, que no se desplaza, que no crece, sino que está allí, inmóvil, distribuida en el espacio del poema de acuerdo con una idea puramente plástica de la composición. Una poesía—que si no fuese un simple temor de la poesía, es decir, a lo que ésta tiene de oscuridad y de vértigo, bien pudiera considerarse como la anti-poesía—muerta de una gran muerte, de una muerte organizada con magnificencia dentro de los límites de un bello marco, como el retrato a qué a quien el poeta conmina:

*No respíres, no.
De tal modo el aire
te quiere inundar,
que envejecerías,
¡ay!, con respirar.*

(Xavier Villaurrutia. Reflejos. Cuadro)

triumfar sobre mí con la más ardua de triunfar de sí mismos, debo aclarar que uso de estos plurales por pura comodidad y no porque pretenda regalarme con una categoría de escritor que no tengo.

(*) En beneficio de algunos de mis "contemporáneos" que pudieran confundir la mezquina empresa de

"In Angello Cum Libello". - Kempis

**En un rinconcito, con un libreto,
un buen cigarro y una copa de**

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL

FABRICA NACIONAL DE LICORES

San José, Costa Rica

Noción ésta de la poesía, interesantísima, que se impone a la consideración por cuanto tiene de hondamente intelectual y por cuanto realiza, como belleza, en el espacio increíble en que se equilibra: pero que no puede señalarse como canónica del grupo, pues sólo hasta cierto punto—casi por azar—se encuentra en Pellicer, Torres Bodet, Novo, Montellano y González Rojo. Indudablemente se trata de una manera personal de Xavier Villaurrutia, el poeta más intelectual del grupo—y quizás también uno de los más inteligentes—pero que por razón de su mayor sensibilidad a los riesgos de la poesía y de su menor decisión para correrlos, piensa en ella como en una mera preservación. De ahí ese extraño sabor a "naturaleza muerta" que hace tan singular, pero también tan admirable, la obra de este poeta.

Los demás, casi todos nacidos a la sombra de la cultura francesa contemporánea (1918-1925), no pudieron menos de resentir los efectos de la actitud, más horrorizada que sigilosa, que adoptó el pensamiento literario de la post-guerra; pero en ellos predomina otra noción de la poesía, según la cual ésta es en lo formal un puro canto, es decir, un puro movimiento de la voz, que sólo puede concebirse "desde" y "hacia", pero nunca "en". "Las cualidades que se pueden enunciar de una voz humana—dice Paul Valéry—son las mismas que se deben estudiar y dar en la poesía." Un solo grito ahogado no es la voz sino, justamente, lo que la hace imposible: su sofocación.

Muchas veces he pensado que, tal vez, las artes todas no sean sino los instrumentos de que se vale el hombre para materializar nociones que ni siquiera podría aprehender de otro modo. Así, las artes plásticas, perennes, a las que imagino como crecimientos del tacto, obedecerían a la necesidad de mantener viva—en el cuadro, en la estatua, en el jarrón—nuestra sensación del espacio. Las demás artes, efímeras, como el canto, la música y la poesía, nos servirían para captar una sensación infinitamente más fugitiva: la del tiempo. Thomas Mann afirma que el placer de la música está en su capacidad de someter el tiempo a medida—no a una medida física, desde luego—para hacerlo transcurrir materialmente en la emoción. A estas artes me las imagino nacidas de los pies del hombre, como un crecimiento de su facultad de andar. Pero andar es morir. La diferencia entre unas y otras artes está, válgame la paradoja, en que el hombre vive en la muerte de una estatua, mientras muere en la vida de un poema. Esto explica, además, por qué entre los poetas del "grupo sin grupo" existen, en perfecta contraposición, ambas concepciones de la poesía. Hay en todas partes quien no quiere envejecer ni se resigna a morir.

Y esto es, justamente, lo que desean los jóvenes: hallar que hemos muerto un poco en nuestras obras, que hemos sabido "usarnos" en ellas; no esa actitud virginal que cierra el paso a la eclosión de su propia poesía, amenazándola en su originalidad, puesto que la obliga necesariamente a la imitación o al silencio. Más audaces, más libres de lo que nosotros, intelectualistas, pudimos ser alguna vez, se entregan a todos los riesgos con igual entusiasmo y con la misma dichosa ingenuidad. Quizás no sepan mucho, pero enseñan mucho. Y en el caos en que algunos de ellos confunden la poesía con los temas, el socialismo científico con una oscura fe, el arte con la revolución—¡hasta el grado de que se nos interroga si por lo menos somos anti-fascistas,

como si el intelectual, que por naturaleza es una flor de democracia, pudiera ser fascista!—en todo ese caos hay un sentido estético de la vida y un sentido vital del arte; el mismo exactamente que los induce a preferir, en poesía, a poetas como García Lorca, Neruda y Pellicer, en quienes reconocen esa cualidades de la voz humana, ese movimiento, esa musicalidad que es el rostro mismo de la poesía.

Espero que estas ideas, expuestas tal vez con poca precisión, ilustren sin embargo mi idea de que no es posible comprobar en *Cripta* las normas poéticas que tan injusta como insistentemente se atribuyen a todos los poetas de la promoción de Torres Bodet. En efecto, la técnica de *Cripta* corresponde fielmente al concepto de la poesía como canto que antes analicé, Torres Bodet ha regresado en este libro a formas tradicionales de la poesía castellana—el heptasílabo, el romance, la silva—quizás porque en esas concreciones seculares del idioma encontró el tono que necesitaba para la manifestación del mundo poético, subterráneo, que se revela en la penumbra de su *Cripta*. Hay en todo el libro una musicalidad sencilla, como de canto llano, que se apoya apenas en el juego de las asonancias, caídas casi siempre al azar, pero sostenidas con firmeza. Ni violencias sintácticas, ni logogrifos. El lenguaje corre con tanta naturalidad, en períodos tan lípidamente eslabonados, que a veces da la sensación de que el poeta se abandona al placer de no estrecharlo o ceñirlo a un rigor excesivo, para que busque por sí mismo su cauce, como agua en pendiente. Aquí y allá, en esta deliciosa dejadez, Torres Bodet admite un acento clásico; se recuerda a sí mismo en su voz de otro tiempo; evoca al discurrir metódico y tranquilo de antiguos maestros, como González Martínez, a quien tanto debe nuestra poesía actual, y todo ello con una destreza que no sólo no ignora sino que entraña, quintaesenciada, la gran aventura de la poesía moderna.

Hasta el mecanismo de cada uno de los poemas de *Cripta* está concebido con sencillez como la exposición o como la conjuación de una imagen. El poema no crece en *Cripta* según los cánones del discurso, como en el conceptismo de Cuesta; ni por el desdoblamiento de los términos de una oración, como en la actual poesía de Villaurrutia; ni por la sola fuerza del ímpetu lírico, como en Pellicer, Torres Bodet, que viene ahora a *Cripta* desde una novelística saturada de poesía, sostiene el poema, como sus excelentes descripciones en prosa, por la rotación indefinida de las imágenes. No sé de otro escritor, entre los nuestros, que domine este procedimiento con la maestría de Torres Bodet. Pero como *Cripta* es, en cierto modo, una renunciación a la pura maestría, un abandono deliberado—insisto—no sólo de la superfluidad de lenguaje sino de todo cuanto no sea una esencia, aun aquí, a veces, deja que su poema se consuma en la exposición escueta de una sola imagen.

Me figuro qué sed de sinceridad, qué urgencia de ser el hombre un fruto de sí mismo, en completa sazón, se esconde en las renunciaciones de Torres Bodet. Hemos de celebrar, por ahora, que eliminara de *Cripta*, a riesgo de ganarse las encubiertas censuras que se ha ganado, artificios y destellos que en el fondo no son sino mentira, sino un puro "hacer creer"; pero pecaríamos de indiscretos si no le advirtiésemos que no ha llegado aún al sacrificio supremo de cantar su verdad y que todo su valor puede no bastarle para conseguirlo. El mundo intelectual vive de halagos que sólo la mentira le da. La verdad lo amenaza en su existencia misma, pero él sabe ahogarla en un magnífico desprecio.

EL DR. RESTREPO Y LA AMISTAD

= De *El Tiempo*. Bogotá, 8, julio, 1937 =

Donde brilla mejor la nobleza del espíritu que animó a Carlos E. Restrepo, es en la horrida estela de amistades que dejó a su paso. Pocas veces hemos visto, como vimos ayer, a los amigos predilectos de un hombre, tronchados por la emoción del duelo. Amistades que venían desde la infancia, y que como que se complacían año tras año en trabarse mejor. Amistades que no solían ni siquiera cambiar palabras, que se cultivaban a distancia con esa perfecta seguridad que dá el conocimiento de las almas fuertes.

Detrás del féretro, ayer, la amistad andaba sin ruido, con la frente caída y los ojos turbios. Algunos, los más afortunados, lograron trasladarse desde Bogotá para llenar su puesto en el cortejo. Así el doctor Eduardo Rodríguez Piñeres, de quien tantas pláticas íntimas conocieron las salas del palacio, cuando siendo Restrepo presidente se juntaban los dos para seguir a hilo los problemas nacionales. El doctor Rodríguez Piñeres fue ayer, entre quienes seguían la caja fúnebre, imagen viva de la amistad presente.

Otros, los que en espíritu, como dice el evangelio, también acompañaron al amigo en el último viaje, seguían desde aquí golpe a golpe, los compases de la marcha fúnebre. Pero hallándonos por estas calles, metidos en su dolor, desprendidos de todo afán cotidiano, subrayando en la intimidad la hondura de este duelo, parecían decirnos: No hay nada más maravilloso, ni nada más raro, ni nada que muestre de igual modo la calidad de los hombres, que ese escondido y olvidado culto de la amistad.

**CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL**

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

**"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente".**

Canto a los niños vascos errantes por el mundo

= Colaboración. Berkeley, Calif., julio de 1937 =

Para que llevéis en vuestros corazones brasa viva el
(recuerdo
del incendio, la sangre, la pólvora y la muerte,
el paso de los cuervos de acero por el aire,
el silbido helado de las bombas fascistas
sobre catedrales, hogares, huertos y callejuelas,
rompiendo rosales, chopos, pechos y rodillas de hombres,
senos de mujer, vientres de mujer, labios de mujer,
yo os dedico este canto estremecido y áspero.
Mientras que vuestros padres se quedan con la muerte,
en las trincheras, detrás de los alambrados, en los fosos,
abrazados a las cajas frías de los fusiles,
debajo de las estrellas inútiles y absurdas,
mientras que vuestras madres descansan en la tierra
de Guernica y Durango, Arbacegui y Arteaga,
sobre la yerba verde que amaron sus ojos de novias,
ahora roja y negra, ahora escombros y tragedia,
vosotros vais por ciudades desconocidas y remotas,
vosotros vais en buques amigos por todos los mares,
en busca de sol, de pan, de trinos de pájaros,
con los nervios doblados de angustia y de recuerdo.
¡De recuerdo! Bendita la fuerza del recuerdo!
Llevadlo como aguja detrás de las acciones:
Recordad los aviones debajo de las nubes,
las bombas incendiando vuestros sitios queridos,
recordad a Hitler, asesino de palomas y mujeres,
asesino de vuestras madres, de vuestras hermanas y amigos,
recordad a Franco, pelele tragicómico, befa sangrienta,
planta maldita en el corazón noble de España,
a Queipo de Llano, basura del muladar del mundo,
a todas las hienas de las arenas africanas,
al carnicero romano, destructor de Etiopía y de Málaga,
a los señoritos viciosos de Sevilla, a los toreros,
a las duquesas cortesanas, a los Alfonsos y don Juanes.
El árbol santo de Guernica os espera en la noche,
blanco de estrellas y de alba, os espera a su sombra
un día no lejano, os espera ya hombres,
con el azote y la ametralladora en vuestras manos.
Id por el mundo, recoged fortaleza, odio y saña,
y recoged astucia, la serpiente de la lengua de plata,
y volved a la tierra heroica sembrada de huesos queridos
con la furia divina de don Quijote y San Ignacio.
Que tiemble el demente germánico en su cloaca,
que tiemble el demagogo italiano en su circo romano,
y el pelele sin sangre de Franco se abata,
y el beodo de Queipo de Llano se trague su baba.
Sois vosotros los capitanes de la sacra venganza,
las futuras Tizonas, Coladas, contra fascistas y nazis,
recoged por el mundo fortaleza, experiencia y astucia
y volved en caballos de fuego al rescate de España.
Yo os veo con los ojos como aguas tranquilas, en el
(crepúsculo,
yo os veo luchando con el recuerdo, el dolor y las ansias,
mientras Venus se acuesta doliente en su ocaso,
y suspiran las olas y mueven sus vientres de plata.
Lejos de vuestras colinas y de vuestros prados,
mitad en el sueño, mitad en el acto brutal y el zarpazo,
todavía el ruego como ala de abeja en los labios,
todavía la súplica hecha garfio de angustia en las manos.
Os sonríen las ciudades, a lo lejos, con sus torres y casas,
os sonríen otros niños felices que nunca han visto la
(muerte,

os sonríen madres que nunca han perdido a sus hijos,
os sonríen hijos que nunca han perdido a sus padres.
El mundo tiene aún bondad, ilusiones, ensueños,
hay aún sol, hojas nuevas, arroyos, jardines, pájaros,
voces fraternas, gestos amigos, sonrisas, cantos,
allí el monstruo de Hitler no ha tendido todavía su zarpa.
Gozad del aire y de la luz, gozad de la tierra y sus bienes,
gozad de las puras brisas del mar, de la música clara,
mientras vuestros infelices hermanos de Almería y
(Valencia
siguen medrosos el vuelo del águila germana.
Mas no olvidéis el deber elemental del retorno,
no olvidéis el mandato de las voces ancestrales,
recoged por el mundo, fortaleza, experiencia y astucia
y volved en caballos de fuego al rescate de España.

A. TORRES-RIOSECO

Italianos y alemanes contra españoles

= De Revista Municipal. La Habana, marzo-abril de 1937 =

Siempre, a través de la historia española, y aún desde la pre-historia, las desgracias de España, las más tremendas oposiciones a su grandeza y a su prosperidad, las han motivado sucesos provenientes de Italia y de Alemania. Y precisamente hoy, cuando los españoles se debaten en una guerra civil horrible, que, dejada a ellos solos ya la habrían terminado, se repite que son, no precisamente españoles, sino italianos y alemanes, los que han querido, sin lograrlo, tomar a Madrid, y son italianos y alemanes, los que intentan la ruina de Bilbao, bombardeando cruelmente ambas ciudades, contra todas las leyes internacionales de la humanidad y de la guerra.

En efecto, allá en los tiempos pre-históricos, cuando la hoy península española—la Iberia clásica—era parte de un enorme poder ibero-líbico, siendo un simple lago, lo que es hoy el Mar Mediterráneo, porque entre Europa y el norte de Africa—la antigua Libia—aún no existía el estrecho de Gibraltar, ni tampoco existía el Mar Cantábrico, porque el actual continente europeo, se extendía—según se induce—por el noroeste, casi hasta América, en la famosa Atlántida, cuyos últimos restos se hundieron—según Platón—9.000 años antes de nuestra era cristiana; cuando en esa tierra de España, se desenvolvía, próspera y feliz, la magnífica civilización kábila, cuyos monumentos jurídicos y lo sustancial de su idioma, perduran, todavía, en los montes africanos del Atlas y en la cordillera española de los Pirineos, a tal punto que, cuando en la exposición universal de Amberes—conquistada, ya, por Francia, la Argelia—se exhibió, en su tienda auténtica, una familia kábila, hablando su idioma propio, que allí nadie lo entendía, pudieron traducirlo fácilmente unos visitantes de la exposición, que eran vascongados, lo cual dió base científica—con otros muchos motivos—al sabio excelso Joaquín Costa, para afirmar la existencia pre-histórica de un gran imperio ibero-líbico, del que son reminiscencias actuales, los kábilas del Atlas africano, los vascos de los Pirineos y los guanches de las Islas Canarias; entonces, la soberbia ambición de los italianos, hizo de toda España una colonia romana; si bien, no obstante la irresistible fuerza centralizadora de los invasores, nunca lograron extinguir, allí, el vigoroso espíritu de independencia y el noble orgullo de magníficas tradiciones, que, todavía hoy, se conservan en los Municipios rurales o Concejos de Asturias y de León, de Galicia y Salamanca y del norte de España, donde el colectivismo agrario, elogiado ya por Diodoro Sículo, lo admiran, ahora, publicistas contemporáneos tan eminentes como Webster y Laveleye, y el pátroco de Llavanés, Juan Antonio Posse—citado por don Gumersindo de Azcárate—exclamaba: “¡Pueblo venturoso! Tú me has hecho conocer que es muy practicable la comunidad de bienes que Licurgo estableció en Lacedemonia; ¡de ti he aprendido que la igualdad es un efecto necesario de la comunidad de las tierras!” Ese colectivismo local, que perdura actualmente, en el norte de España, tiene su análogo entre los pueblos del Atlas africano. El eminente profesor español, Rafael Altamira, en su Historia de la Propiedad Comunal, considera que la comunidad doméstica tradicional en los fueros de Aragón, concuerda tan exactamente con la asociación jurídica “tadukeli buckahm” de los bereberes africanos, que esta última “parece, casi, un traslado de la comunidad familiar aragonesa”, siendo el derecho kábila africano, fecundísimo en admirables instituciones jurídicas. El sabio publicista portugués, Oliveira Martins, en su reciente Historia de la Civilización Ibérica, dice que, el agregado local llamado “pueblo”, en España—que es la aldea de las tribus bereberes en el Atlas

africano, allí denominada "djemáa"—revela, con ésta, un común origen ancestral, siendo la prehistórica "behetría española"—que es una unión defensiva de Concejos o Municipios rurales—idéntica a la "anaia" de las razas kábilas. El gran sociólogo español Sales y Ferré, refiriéndose a ese enorme y cultísimo poder prehistórico de los ibero-lílicos, dice en sus Estudios de Sociología: "De raza tan numerosa y tan brava, no se conservan hoy más representantes que los Vascos de España, los Chelluhs, de Marruecos, los Kábilas del Atlas argelino y los Tuaregs del Sahara". Y toda esa grandeza de libertad tradicional, la detuvo en su impulso espléndido, el crudo espíritu individualista romano, cuando la gente de Italia, convirtió a España en colonia, desorientando los impulsos colectivistas que el célebre párroco de Llavanes los aplaude como la felicidad del pueblo.

Andando el tiempo, en varios siglos, esa invasión de los italianos en España, fue dominada por los germanos—alemanes—que constituyeron allí, por 300 años, el tremendo imperio visigodo, extirpado, así sin defenderse, por los mahometanos, que el siglo VIII comenaron, en España, una dominación de 700 años. Durante esos siglos, el viejo espíritu ibero-lílico, coalesciendo en sus primitivos núcleos locales, logró, por fin, la expulsión de los árabes, surgiendo de nuevo una gran España auténtica, que con los Reyes Católicos extendió sus dominios, bajo el sabio Cardenal Cisneros, sobre todo el norte de África, y con Fernando de Aragón, sobre parte de Italia y el sur de Francia. Y entonces interrumpe de nuevo esa magnífica prosperidad genuinamente española la sombría y fatal intervención alemana de la casa de Austria, que con el emperador Carlos I de España y V de Alemania, abatió los prestigios locales, en la batalla de Villalar, ajusticiando a los tres héroes de las libertades municipales, Padilla, Bravo y Maldonado—cuyos nombres aparecen hoy con letras de oro en el Congreso de Diputados—y con avaricia insaciable, esos gobernantes germanos, que todo lo vendían en pública almoneda, o daban al Marqués de Falces, por 10.000 ducados, la justicia municipal en varios pueblos de Navarra; o le atribuyeron a la Corona el nombramiento de todos los Magistrados locales. Y esa fatídica dinastía alemana, al fin, entregó el reino desorganizado, a otra extranjera, la francesa de los Borbones, hasta que, en plena decadencia, su expulsión dió base a la República, como secuela obligada precisamente de unas elecciones municipales, tras las cuales, hace poco, necesitó salir de España la familia real.

Vista esa preponderancia popular de los Municipios españoles, se han coaligado ahora contra la República todas las fuerzas de la reacción, alarmadas por la presumida pérdida de sus privilegios seculares contra el pueblo, desde una nobleza ridícula, explotadora de los latifundios, hasta el clericalismo y el militarismo, que, impotentes ante el pueblo español armado, traicionaron la patria pidiendo auxilio a

Las angustias y las zozobras de los cobardes

= De Vida. La Habana, junio de 1937 =

Examinando cada cual su propio pasado, llega a la desoladora confesión que la mayor parte de sus inquietudes no tuvieron razón de existir, por cuanto que el hecho determinado no tuvo lugar y en esto se diferencia la persona normal, del enfermo de la mente que estudiamos. En éste, el temor anticipado, es decir, de lo que ha de suceder, para él fatalmente, es lo que domina; es un problema de posibilidades que termina en una afirmación y tal pensamiento llevado a la condición de hábito, en diversas y variadas formas, inhibe toda actividad, y lo lleva gradualmente a una incapacidad, que se traduce en último resultado, por la desaparición de los estímulos de los deberes elementales, o causa de las más vergonzosas cobardías.

Una gran mayoría de estos seres inquietos, viven preocupados con fútiles detalles, que representan para ellos, motivos de desvelo. Es cierto que, si los detalles no forman la perfección, ésta se compone de ellos y en todos los casos, son ellos los que determinan la pureza, el refinamiento, la belleza y fuerza de las cosas; pero más que nada, vienen a ser los guías de los impulsos que nos conducen a un fin planeado. Nuestros amigos, a que nos referimos, por el contrario, detienen su mente en verdaderas simplezas o insignificancias, en vez de tratar de aprender, con el auxilio de las experiencias que el dolor nos va preparando, las grandes lecciones de la vida: en vez de ampliar su campo de visión mental, para desenvolver las cualidades optimistas, y ser tolerantes y caritativos para los demás, centralizan su mundo en sus pensamientos de egoísmo o de indiferencia, se crean nuevas dificultades en cada nueva empresa y cultivan sus hábitos de zozobra y de angustia, esperando cada vez con mayor interés, que los hechos se sucedan, no con su lógico y natu-

Italia y Alemania, y hasta a los mahometanos de Marruecos, a plena conciencia de que, con ese triunfo—si es que fuera posible—los gobernantes de España serían italianos y alemanes. Y, sustancialmente, ya no hay guerra civil, sino de extranjeros contra nativos, que jamás podrán ser vencidos, pues, por solidaridad sociológica, está planteada la antítesis irreductible entre los invasores y la gloriosa tradición de independencia ibero-lílica, que no logró extinguirla ni el fuerte imperialismo italiano de Roma, en ocho siglos; ni la tremenda dictadura visigoda, con 300 años; ni siete siglos más de lucha con los árabes; ni aún siquiera pudo vencerla, recientemente, Napoleón, el genio de la guerra, porque actuaba—como actúa hoy—en defensa de la tierra española, un fiero espíritu de libertad popular, que se remonta a 3.000 años. Ese es el heroísmo de los vascos y de los milicianos.

Y resulta que, el auxilio militar prestado por Italia y Alemania a los reaccionarios de España, significa para los imperios centrales de Europa una cuestión de vida o muerte. La República española triunfante, probaría que, para salvar la democracia y en defensa de sus libertades, un pueblo armado, lucha hasta el sacrificio, derrotando a sus explotadores. Esto entrañaría que, armado, el pueblo alemán, extirparía allí el nazismo; y armado, el pueblo italiano, ahogaría en sangre el fascismo. Esa República española triunfante, significaría, por acción catalíptica, la disolución acaso perentoria, inexcusable, de aquellos dos monstruosas dictaduras. La evidencia de esto, la tenemos en la intensa preocupación, el ansia mortal que sienten los gobiernos de Italia y de Alemania, con la guerra civil de España.

FRANCISCO CARRERA JUSTIZ

ral desenvolvimiento, sino con todos los grados del desastre, que ellos han declarado como reales y positivos en su morbosa imaginación.

En el fondo de estos desventurados hay, sobre todo, un proceso de toxemia, sea debido a las consecuencias de dietas impropias o exageradas o a su propio metabolismo, por afecciones diastésicas, falta de ejercicios, exceso de trabajo mental, responsabilidad de cualquier índole, disgustos familiares, fracasos económicos o morales, etc. En consecuencia, la indicación causal es la más importante, neutralizando en algún modo los motivos ya expuestos y en seguida las perspectivas y los puntos de vista, lo cual no se consigue, sino con el cambio de lugar, una pequeña vacación, por ejemplo; despertando el interés en asuntos de carácter más general y especialmente, sembrando en su ánimo, las primeras semillas del espiritualismo filosófico. Aquel que se olvida de sí, para pensar en los demás, no conoce ninguno de estos síntomas. Es bien popular el apotegma, "los grandes conductores de pueblos, los hombres que suman grandes responsabilidades y deberes, no tienen ni tiempo de enfermarse". Nuestra mayor fuente de poder, no reside en nosotros; somos sencillamente transformadores de energía cósmica, que recibimos y transmitimos, para sus efectos; y no conoce inquietudes quien llena su corazón de fe, esperanza y caridad; busca la divina presencia en sus momentos de duda y tribulación, y descarga en ella el peso de sus amarguras y decepciones.

Saturarse de confianza, vencer la fatiga y despejar el cansancio de todos los obstáculos. Esperar la victoria es la mitad de la batalla ganada, nos dice el poeta; admitir que por nosotros circula la corriente espiritual, mata para siempre la duda, la desesperación y toda clase de sentimientos de inferioridad. No se puede servir a la vez a dos amos, y aquel que en realidad confía, aleja o elimina de su corazón los temores y no conocerá ni zozobras ni inquietudes; cuando la mente se eleva del plano de la vida material y no tiene frente a sí más que la línea del cumplimiento del deber, se acoraza contra estas futilidades, hijas espúreas de la cobardía, ante la lucha diaria que debemos sostener, y goza del íntimo convencimiento de que nada ni nadie podrá vencerlo, porque las cosas suceden como tienen que suceder, y el orden y el equilibrio que en las fuerzas supremas de la Naturaleza y restablecen la normalidad, lo mismo en el concierto sublime de las esferas, que en el cerebro del pequeño mortal, el hombre sólo necesita para sentirse feliz y culminar su éxito, levantar sus ojos, contemplar el mundo estelar, escudriñar las profundidades de su ser para sentirse libre y soberano señor de sí mismo y disfrutar del rico tesoro de la paz, de la conformidad y de la eterna y compensadora justicia.

JUAN ANTIGA

Ud. consigue el *Repertorio*, en México, con la
Central de Publicaciones

(Avenida Juárez, 4. O Apartado 2430. México D. F.)

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscripción Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—José Martí.

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: \$ 3.00
EL AÑO: \$ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

Año de 1852. Diligencias de gobernadores a todo rodar por unos y otros caminos, rumbo a San Nicolás. Allí iban. Acababan de ver tumbar a un tirano: al tirano Rosas; a un tirano que todos ellos habían creído necesario, y que a la postre los había desengañado a todos. No era que él hubiese sido más fuerte que ellos, siquiera; sino que ellos se habían amenguado hasta la nulidad ante él. Y su tiranía, finalmente, no había servido para nada: ni para organizar el país, y mucho menos para que recobrase la patria, como tanto se dijo, los límites del antiguo virreinato. Un despotismo de gaucho bruto, que para peor no era gaucho: eso había sido todo, a fin de cuentas. Un despotismo ejercitado sobre la previa abolición de toda dignidad, personal, civil o política. Y estaban desengañados a fe, desde mucho antes del alzamiento de Urquiza. Y esta decepción ya tristísima se acentuó, cuando sabida la alianza del Brasil con Entre Ríos, no supo ni quiso Rosas levantar esa guerra al debido carácter internacional, temeroso de ver en armas a las provincias. Allí se vió del todo claro. ¿De qué se trataba en el caso del señor Rosas? Simplemente de seguir perdurando. Y nada más que de esto. No de ganar una guerra para el país o con el país, sino, en todo caso, con sus mazorqueros, únicamente con sus mazorqueros, y para beneficio personal.

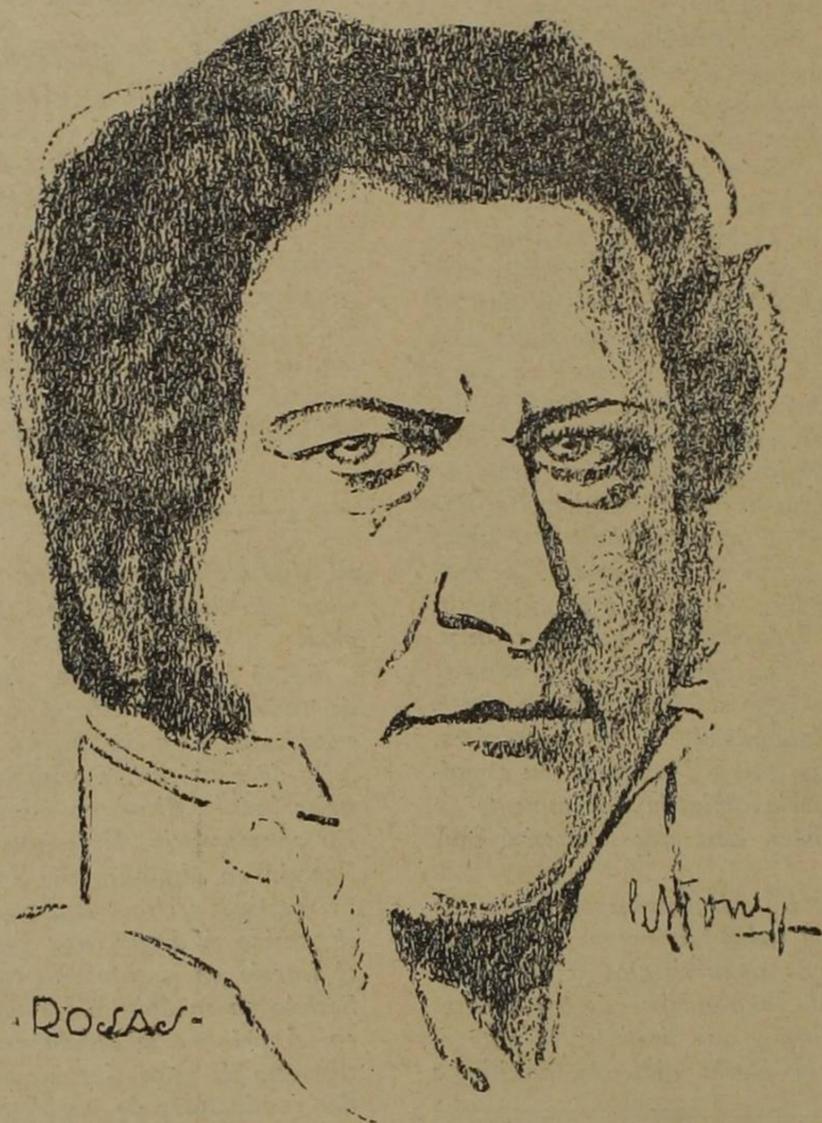
¿Qué había venido a ser, en último análisis, toda la obra de Rosas? ¿En qué había consistido hasta el último día? En una minuciosa barbarie; en haberle creado a la República "inmensas dificultades", en haber sido el permanente obstáculo "a su tranquilidad, orden y futuro engrandecimiento". Un solo criminal abusó, y en el fondo, un ficticio poder. Bien se lo había dicho Urquiza a todos ellos en su circular famosa. Degradación, dictadura, una exhibición sangrienta de años y años, usurpación... Bien había caído sobre el déspota la maldición de tres generaciones.

Harto lo vinieron a entender esos hombres que ahora caminaban, cada uno desde su provincia y lugar, rumbo a San Nicolás por ver qué se podía hacer con la patria, no del todo disipadas todavía las nubes de pólvora de Caseros. Son los gobernadores y capitales generales de Rosas, amanecidos bajo un cielo nuevo, bajo un sol que quiere ser diferente. Los convocaba el propio vencedor, uno entre ellos hasta la víspera de su pronunciamiento, ex-gobernador de Rosas, como cada uno de ellos;

¿Quién vive? ¡La libertad!

Por ARTURO CAPDEVILA

= De Columna. Buenos Aires, 1º de junio de 1937 =



pero el primer desengañado de la tiranía.

Marchaban—cada uno desde su feudo, a decir verdad, para renunciar solemnemente a aquel su privativo feudalismo político. Y allá iban, bajo el cielo de otoño, en sus respectivas diligencias, envueltos en sus ponchos olvidados al fin de la divisa estúpida de *Mueran los salvajes unitarios*, aunque puesto aún en la solapa del chaquetón el ignominioso trapo rojo, a bien que sólo con el *Viva la Confederación Argentina*... Por fin abarcaban "la grande idea de organizar el país constitucionalmente". Gobernadores sin otra potestad que la de su conchabo con Rosas, caudillos que nada llegaron a encabezar, y muchas veces desgastados esbirros, comprendían que ese su viaje a San Nicolás era lo único que habría de legitimar lo que fueron... Si Rosas había sido como un siniestro vampiro que no deja vivir, Urquiza era, en cambio, el hombre que

suscita la vida, que despierta en cada uno el fuego de la buena voluntad. Si Rosas había sido una fatalidad, Urquiza era para todos una posible liberación. Si Rosas callaba para que la vida del pensamiento se redujese a solamente cavilación medrosa, Urquiza hablaba, despertaba voces, quería —por lo menos parecía así—que el pensamiento naciese...

Y luego, ese final desdichado... ¡Malditos tiranos y qué cobardes son! ¿Para qué le había servido su caballo al Gran Rosas en la de Caseros? ¿Para cargar al enemigo? No. Para huir. Y aquellos hombres que bajo el cielo de mayo iban viajando hacia San Nicolás, imbuídos todos en el culto del coraje, tenían una razón más aún para abominar de sus engaños.

De hecho y derecho estaba terminado el señor Rosas. Sobre la derrota, la renuncia. Renuncia que de seguro llevaba sabida de memoria, pues de no ser así no se redacta con tanta lisura una di-

misión bajo un árbol, en el Huevo de Los Sauces: "Señores Representantes: Es llegado el caso de devolveros la investidura de gobernador de la Provincia y la suma de poder con que os dignasteis honrarme. Creo haber llenado mi deber como todos los señores Representantes, nuestros conciudadanos, los verdaderos federales y mis compañeros de armas. Si más no hemos hecho en el sostén sagrado de nuestra independencia, de nuestra integridad y nuestro honor, es porque más no hemos podido. Perdidme, H. H. R. R., que al despedirme de vosotros os reitere el profundo agradecimiento con que os abrazo tiernamente; y ruego a Dios por la gloria de V. H., de todos y cada uno de vosotros. Herido en la mano derecha y en el campo, perdonad que os escriba con lápiz esta nota y de una letra trabajosa".

Ellos por su parte iban también a negarse a sí propios, a destruirse, a raerse sobre la haz de los pueblos, ya que habrían de inaugurar —y de hacerlo morirían— los tiempos de la Constitución; o dicho con Urquiza: "la era regeneradora de la libertad y de las instituciones". Ya era un dogma: *La patria necesita de la libertad para engrandecerse*.

Llegaban tarde, pero llegaban. No les cupo la gloria de estar en Caseros como sus hermanos de Entre Ríos y Corrientes. Temblaron hasta el último día delante de Rosas y sus turbas. No quisieron, no supieron participar de aquel paseo militar a que los invitara el litoral: "aquel grato compromiso contraído ante la civilización del mundo". Pero allá iban. No por excelentes, no por buenos, sino tan sólo porque el vencedor de Caseros quería "reedificar el grandioso edificio de la organización nacional, utilizando hasta sus escombros". Y ellos iban como eso, como escombros utilizables todavía, como ruinas que de algún modo se pueden aprovechar hechas polvo en la argamasa. ¡Y qué fácil hubiera sido soplar sobre ellos viento de fuego vengador! Pero, bien visto, eran ellos, por eso mismo, los que mejor podían entender la palabra del nuevo patricio.

Y es lo cierto que si el genio de la patria se les hubiese hecho presente en el camino para echarles el ¿quién vive? de los tiempos, ellos, que tantas veces lo contestaron con los gritos siniestros de la mazorca, hubieran respondido, aleccionados por veinte años de espanto:

—¿Quién vive? ¡La libertad!